BRUJULA DE ACTUALIDAD

LA REVOLUCION MEXICANA Y LOS «ESPALDAS-MOJADAS», por *Edmundo Meouchi M.*

Y *¿qué vamos a hacerle?...* Era el año «de Cárdenas», de 1939. «El Ejecutivo», a cargo de nuestro autóctono *mahatma*, proseguía a «decretazos» su Plan Sexenal.

México lucía imponente. Entre huelga y huelga, entre angustias y «avemarías», los mexicanos cruzábamos el territorio nacional metidos en unos trenes genocidas que siempre llegaban tarde.

Y aquel indio enjuto, de grandes ojos negros, me habló de las cosas del campo y de su hambre. Sobre sus rodillas, sus largas manos de alambre:

—*La tierra es de Dios, patroncito... De El, y no hay que darle vueltas. Primero de Dios y después del que la quiera. Pero ahora nadie sabe...*

Y me contó su historia. El «padrecito» Cárdenas le había concedido una parcela: *porque la tierra es tuya como el sol de la mañana y el aire límpido y suave del Bajío...* Y aquel indio bueno, agradecido, la trabajó con amor y con el corazón alegre. Sembró maíz y sembró trigo, que luego otros cosecharon. Vinieron un día los ejidatarios y se lo llevaron todo.

—*Y ¿qué vamos a hacerle, patroncito? Ya nadie sabe para quién trabaja.*

Pidió ayuda a las autoridades. *Es inútil*—le dijeron. Habló con

algunos del Ejército. *Hay que aguantarse, amigo*—le dijeron. Fué a la ciudad de México. Ahí durmió a la intemperie o en camastros llenos de pulgas. Y en el Departamento Agrario y en el Palacio Nacional le aseguraron—muy gentiles—que *lo sentían*...

La Revolución estaba en marcha.

Yo, entonces, intenté confortarlo con palabras aprendidas en los mítines y en los libros. Le hablé de leyes que no sirven y de «garantías constitucionales» que yo inventaba. Pero el indio, sin oírme, me miró muy hondo con sus ojos tristes e insistió:

—*¿Qué vamos a hacerle?*...

Han pasado desde aquel día once largos años y, sin embargo, todo sigue igual para ese y para tantos agraristas de México.

Yo, en cambio, no me quejo. Vivo—hoy por hoy—más allá de Zapata y de Mendieta. Por costumbre, sigo invocando leyes que no sirven y «garantías fundamentales» que no existen. En mis ratos de solaz y esparcimiento, memorizo algunos párrafos de la Constitución política de los Estados Unidos Mexicanos, y con frecuencia hago el elogio cordialísimo de nuestra admirable Ley de Amparo.

Pero ahora—como hace once años—no sé cómo ayudar en mi país—con legales procedimientos—a un indio campesino al que un día le dan y otro le quitan, o a un «pequeño propietario» que lo es—directa o indirectamente—por obra y gracia de la Revolución interminable.

* * *

LA REVOLUCIÓN MEXICANA Y NOSOTROS.—En algún sentido casi todos los mexicanos somos revolucionarios hasta la medula de nuestros huesos. A la gran mayoría nos tienen sin cuidado los antiguos latifundios y los señores terratenientes. Sabemos que la tierra repartida perteneció otrora a hombres de buena fe que la poseían por derecho y a otros—los más—que la habían robado. Sabemos que muchos de los que lloran aún la pérdida de sus inmensas propiedades no han hecho sino entregar por la fuerza lo que por la fuerza habían obtenido ellos, sus padres o sus abuelos. Sabemos qué colosales latifundios se constituyeron con bienes que en otro tiempo pertenecieron a la Iglesia o a las comunidades indígenas de raigambre colonial.

Lo hecho, hecho está. No discutimos la Revolución; creemos —al contrario—que nuestro deber es realizarla hasta sus últimas

consecuencias. Nos enfrentamos—en cambio—con los que se dicen revolucionarios y no son sino pescadores en río revuelto. Nos enfrentamos con ellos porque son responsables de crímenes sin cuento. Porque han dividido a nuestro pueblo, porque lo explotan y lo engañan. Porque han sembrado por doquiera semillas de odio y de perdición.

México es un gran país gobernado desde hace cuarenta años por una cuadrilla de bandoleros y de irresponsables. Justamente para quienes lo dudan, nos atrevemos a escribir estas notas a propósito de un problema que califica de por sí el fracaso de quienes se dicen continuadores de la Revolución mexicana de 1910.

* * *

ESCLAVITUD E IRRIGACIÓN.—Existe un hecho que las propagandas oficiales del Gobierno de México no pueden ya disimular: *A un millón de mexicanos—por lo menos—les resulta inhabitable su propio país.* Un millón de mexicanos han abandonado su tierra y han emigrado a los Estados Unidos «fraudulentamente» para no morirse de hambre, mientras nuestros «revolucionarios» de cartón, los ladrones de turno, aseguran que nuestro país pasa por una etapa de bonanza y de prosperidad raras veces conocidas. ¡Un millón de esclavos mexicanos en los Estados Unidos!, no olvidarlo. Es decir, *el cuatro por ciento de la población total de la República y cerca del quince por ciento de la población masculina económicamente activa de México* (1).

Un país como el nuestro, insuficientemente poblado, que puede acoger sin riesgo alguno a grandes núcleos migratorios europeos, se ve precisado a admitir que un millón de mexicanos—trabajadores magníficos—crucen la frontera de los Estados Unidos para caer allí bajo la férula de los terratenientes norteamericanos, desvergonzados contratistas de «brazos caídos» y de parias. Este es el hecho.

Frente al hecho contundente y resolutorio, el Gobierno de México opone tan sólo sus estadísticas, cuidadosamente falsificadas. Muestra con orgullo sus planes de irrigación, sus presas y embalses; obras que el pueblo nuestro ha pagado a precio de oro, con lágrimas y sangre, y que han servido—sobre todo—para enriquecer a los hijos y a los «técnicos» de una «revolución» con minúscula, que es la causa primordial de todos los desastres nacionales.

(1) «La Nación», año X, núm. 497, México; págs. 2, 6, 7.

¡Un millón de esclavos mexicanos!... Ese es un dato que sólo vociferan, humillados, los «reaccionarios» de México desde hace años, ante la impotencia de los funcionarios de Gobierno; porque en nuestro Gobierno, los hombres de buena fe que creen estar sirviendo al país, abandonándose a la desesperación, responden en el mejor de los casos con un *¿Qué vamos a hacerle?...* que nos confunde a todos y nos indigna. Es el *¿Qué vamos a hacerle?* del indio cuyo recuerdo suscitábamos.

Durante años, los llamados «reaccionarios» han predicado en desierto, porque existe contra ellos la infalible conspiración del silencio o porque nuestro Gobierno cuenta con una inmensa maquinaria de ruidos y de propagandas que ahoga la voz de nuestros mejores hombres. Mientras éstos gritan el dolor y la miseria de los campesinos de México, Prensa y Radio nacionales vierten, sistemáticamente, la apología consabida de los mil y un planes de irrigación en perspectiva, de los magníficos tomates de Sinaloa y las «revolucionarias» manzanas de Chihuahua.

Felizmente, esa propaganda sostenida por nuestro Gobierno no puede impedir que voces extranjeras, desde los Estados Unidos, divulguen por todas partes testimonios terribles sobre la miseria en que se debaten los campesinos de México en su propio país y en los latifundios del sur y suroeste de la Unión Americana. Con dichos testimonios, regularmente suscritos por personas autorizadas, muchos mexicanos abrigamos la esperanza de narrar algún día la historia de nuestra «Revolución» y la historia—también muy sugestiva—de las «democráticas e inmejorables relaciones» de los pueblos de México y de los Estados Unidos. Con dichos testimonios se sabrá algún día a qué extremos de ignominia y de humillación nos han llevado los grandes pícaros de México en complicidad con los grandes pícaros de Norteamérica. Se sabrá a qué precio han pagado los mexicanos el pan que la Revolución—con mayúscula—les prometió un día. Y se sabrá—en fin—con cuánto dolor ajeno y con cuántas injusticias los terratenientes yanquis cosechan su trigo y sus bellotas...

Que hablen por nosotros, pues, los sociólogos y los jerarcas de los Estados Unidos. Nadie dirá así que los «reaccionarios» exageramos.

* * *

EL SOCIÓLOGO TIENE LA PALABRA.—Tenemos a la vista un artícu-

lo de Mr. Gladwin Hill publicado en *The New York Times* y reproducido por *La Nación.*

El señor Hill—en su calidad de sociólogo—se ha pasado un año estudiando el problema de los inmigrantes que entran ilegalmente en los Estados Unidos, inmigrantes que se los conoce con el nombre de «espaldas-mojadas» o con el más decoroso de «braceros».

El «espalda-mojada»—define Hill—*es un fugitivo indigente que tiene que aceptar el salario que se le paga... Su habitación es una barraca o choza, si la encuentra, o vive al aire libre. Su status ilegal le impide acudir a las instituciones de asistencia municipales. Si no le gusta, puede volverse a México. Hay millares de otros peones al sur de la frontera que tienen la esperanza de ocupar su vacante.*

Los «espaldas-mojadas»—sostiene el sociólogo norteamericano—*son reclutados por los latifundistas por salarios que los funcionarios de inmigración de los Estados Unidos califican de «peonaje» tan sólo comparable a la esclavitud de antes de la Guerra Civil. Este tráfico de contrabando es peor que la esclavitud y la prohibición. Cuando la prohibición sólo había tráfico de alcohol. Este es tráfico de seres humanos. Y cuando la esclavitud se reconocía al menos cierta responsabilidad a los propietarios. Ahora no hay ninguna...*

Este tráfico—se queja con amargura el señor Hill—*ha engendrado una atmósfera de amoralidad que se extiende desde los granjeros que los explotan hasta las autoridades municipales, locales y federales más altas.*

Hill sabe ya, como nosotros, que los «espaldas-mojadas» pueden atravesar la frontera porque los funcionarios norteamericanos —los guardianes de la legalidad en los Estados Unidos—son «víctimas» de insólitas aunque muy razonables cegueras. Los únicos que tienen «ojos de lince», por lo visto, son los latifundistas yanquis.

Pero he aquí la noticia sensacional:

El Presidente Truman en persona ha intervenido para que, violando la ley, se permita la entrada de los «espaldas-mojadas» en Texas...

Esta es la historia: *Cuando el Presidente Truman vino a El Paso*—Hill cita a Art Leibson, de «The Paso Times»—*para pronunciar un discurso en su campaña de 1948, los diputados de Texas y Nuevo México le plantearon el problema de los algodoneros. Poco después de que su tren partió al este de Texas, se ce-*

lebró una reunión de los altos funcionarios de inmigración de El Paso. Lo que sucedió entre bastidores es explicado de diversas maneras por los funcionarios de inmigración. Pero lo que ocurrió públicamente fué que los patrulleros de la frontera voltearon la espalda durante cuarenta y ocho horas para que una corriente de 7.500 «espaldas-mojadas» cruzaran el río con el fin de satisfacer las demandas de los granjeros...

¿Debemos nosotros agregar algo más? Probablemente. Una conclusión, al menos, del sociólogo Gladwin, que nosotros consideramos ajustada a la verdad:

Los «espaldas-mojadas» constituyen un problema que no tendrá solución mientras no se suprima su causa radical: la situación infrahumana en que viven, en su patria, los campesinos mexicanos, es decir, mientras no desaparezca el régimen de miseria y de opresión que pesa sobre el pueblo de México...

* * *

EL TESTIMONIO DE UN JEFE DE LA IGLESIA CATÓLICA.—En el semanario norteamericano «America» aparece un artículo (2) firmado por el arzobispo de San Antonio (Texas), monseñor Robert E. Lucey. El arzobispo fué miembro de una Comisión especial creada por orden del Presidente Truman para estudiar los problemas de los trabajadores emigrantes de los Estados Unidos, entre los cuales se hallan comprendidos los «espaldas-mojadas».

En dicho artículo, monseñor Lucey empieza por responder a los que no se explicaban por qué se había constituído una Comisión de esa índole:

Los trabajadores emigrantes *son seres humanos generalmente indefensos contra la injusticia. Su habitación, su comida y sus salarios son con frecuencia lastimosos. El espectáculo de su vida económica es indigno de nuestra nación.*

Al referirse a los salarios concretamente, el arzobispo de San Antonio demuestra que son muy inferiores a los que perciben los campesinos arraigados de los Estados Unidos. A los emigrantes se les contrata, en verdad, porque representan una mano de obra barata.

Dos cosas se esperan de los trabajadores emigrantes: estar listos para ir al trabajo cuando se les necesite, e irse cuando ya no se

(2) «América»: *The scandal of migratory Labor.* Most. Rev. Robert E. Lucey. May 26, 1951. Vol. 85, núm. 8. U. S. A.

les necesite... Los granjeros contratistas prefieren el trabajo del extranjero; es barato, es obediente.

Afirma además el arzobispo que frente a la acción abusiva y constante de los granjeros los trabajadores emigrantes no tienen defensas valederas. Al referirse al extranjero que se introduce ilegalmente, es muy expresivo:

Tiene menos oportunidad para obtener justicia que el trabajador indígena, porque la amenaza de deportación le obliga a conformarse con lo que tiene y a callarse la boca.

Cuando se ocupa de la habitación de los «espalda-mojadas» en particular, el arzobispo dice:

En el caso del «espalda-mojada» mexicano, él acepta el trabajo que puede obtener, con habitación o sin ella. Vive a menudo «in the brush», en el monte...

En cuanto a asistencia sanitaria, he aquí lo que sucede en el país más civilizado del mundo (el arzobispo se remite al testimonio de un director municipal de Sanidad):

Una de nuestras enfermeras oficiales visitó una enfermería establecida en una hacienda particular y encontró 48—no he dicho 4, dije 48—niños en dos camas dobles. Creo que debo agregar que dos de los niños murieron como consecuencia...

Este testimonio fué vertido ante la propia Comisión presidencial de la que formó parte el arzobispo de San Antonio, junto con otro referente a la dieta de los trabajadores emigrantes, de donde recogemos al azar el siguiente dato:

... Ocho de cada diez adultos no habían comido carne en los últimos seis meses...

Al ocuparse del trabajo de los niños en labores agrícolas, el testimonio del arzobispo resulta increíble:

En algunas regiones del país los granjeros tienen suficiente influencia para clausurar las escuelas públicas durante el tiempo de la cosecha, con objeto de obtener el trabajo de los niños...

De esta manera, el arzobispo hace un estudio completo de las condiciones inhumanas en que viven y trabajan en los Estados Unidos estos desgraciados «campesinos de fortuna». Expone una serie de recomendaciones para resolver tan graves problemas, y termina diciendo:

Mientras estas recomendaciones no surtan sus efectos, NOSOTROS ESTAMOS TOLERANDO LO INTOLERABLE...

* * *

Nada más. ¿Para qué hablar de la Revolución y de las Reparticiones de Yucatán y La Laguna? ¿Para qué hablar de los verdaderos orígenes del Gran Movimiento de 1910, de don Porfirio y del señor Madero, justamente cuando miles de mexicanos van a mendigar en tierras extrañas el sustento que los «revolucionarios de hoy» les han escamoteado sin misericordia?...

Edmundo Meouchi M.
Casas Grandes, 53.
México, D. F.

«LA COLMENA», CUARTA NOVELA DE C. J. C., por *Gonzalo Torrente Ballester* (*).

CAMILO José Cela irrumpió tempranamente en la vida literaria española con una pequeña obra maestra, *La familia de Pascual Duarte*, cuyo único defecto sea, paradójicamente, un exceso, quiero decir las veinte o treinta páginas que le sobran. Acredita *Pascual Duarte* una destreza narrativa singular, un dominio absoluto del lenguaje desgarrado y directo, de raíz popular, aunque muy elaborado, y una manera de ver y concebir al hombre que responde más a unas características psicológicas que a unos principios estéticos o morales. Se manifiesta asimismo en *Pascual Duarte* una tendencia decidida al realismo, si bien ejercida en aquella ocasión sobre materiales inventados. Este conjunto de elementos reaparece en dos novelas posteriores del mismo autor, *Pabellón de reposo* y *Lazarillo*, conjugados con desigual fortuna. Ninguna de estas obras está a la altura de *Pascual Duarte*; pero una de ellas, la primera, pone de manifiesto un nuevo elemento que en *Pascual Duarte* era difícil de adivinar: cierta veta de ternura a primera vista incompatible con el «tremendismo» y que, sin embargo, se me antoja que caracterizará la obra futura de Camilo mucho más que otras cualidades más evidentes. Digamos por anticipado que reaparece en *La colmena* hasta constituir, quizá, la más eficaz de sus muchas cualidades.

La colmena es una novela de doscientas cincuenta y dos páginas apretadas. Primer volumen de una trilogía titulada «Caminos inciertos». Leído su primer capítulo, se advierte que el material novelesco de C. J. C. ha variado. No es, como en *Pascual Duarte*, invención imaginativa, sino material empírico, fruto de la observación orientada hacia las formas más cotidianas de la existencia madrileña. Como no creo que C. J. C. escriba en virtud de unos principios, o, por lo menos, que sus principios actúen sobre la elección del material literario, debo concluir que entre las obras anteriores y esta que comento se ha verificado un cambio importante en la sensibilidad del escritor. Un cambio feliz. Me

(*) Camilo José Cela: *La colmena*. Emecé Editores, S. A. Buenos Aires, 1951. 252 págs.

La colmena ENRIQUE HERREROS

atrevo a pensar que los cinco años gastados en escribir esta novela fueron, ante todo, años de crisis interior, y que más que un esfuerzo estrictamente literario, lo que aconteció en ese largo tiempo fué el descubrimiento del hombre real en su versión de «pobre gente corriente», de «pobre gente ciudadana», o, si se quiere, del «pobre hombre moderno» que vive en esa zona de las ciudades colindante con la normalidad económica y moral y con la miseria.

Supone, pues, varias importantes cosas, importantes para un novelista, cuya materia o procede de la realidad o resulta a la larga inoperante. Supone que C. J. C. ha incrementado sus dotes profesionales al mismo tiempo que su experiencia. Y supone también la toma de posición o de partido ante un hecho tan fundamental para el escritor como es la realidad humana, después de las vacilaciones y tanteos representados por sus obras anteriores. Camino José Cela ha descubierto la realidad, y de su enorme riqueza ha seleccionado una parcela: me refiero aquí a «realidad» y «parcela» sociales, colectivas; pero ha descubierto también a los hombres, uno a uno, y de la complejidad infinita de cada uno ha seleccionado su partecita. (¿Querrá esto decir que Camilo *se ha especializado?* ¡Dios no lo quiera!)

Este mundo madrileño que nuestro novelista cultiva no era tierra baldía y abandonada, sino que, por el contrario, fué trabajada anteriormente por varias clases de escritores: los saineteros, los costumbristas, los satíricos. Antes de leer *La colmena* he oído decir a más de uno que eso, sainete, costumbre y sátira social, era todo el contenido de esta novela. ¡Qué enorme error! Sátira, sí, en algunos momentos, y no los más felices. Pero de ningún modo sainete, de ningún modo cuadros de costumbres. Bien pudiera ser que C. J. C. ignorase en absoluto a los cultivadores de esos géneros; pero, si los conoce, su lectura no ha dejado huella en *La colmena*. Dicho de una vez: el mundo de *La colmena* no ha sido elegido en virtud de una tradición literaria, sino de unas complejas razones sentimentales en las que no cuenta para nada la devoción al pintoresquismo o al color local; y estos sentimientos, más que con una formación literaria, tienen que ver en su raíz con algo que es ajeno al escritor, con algo que no ha nacido en él, sino que ha entrado en él; me refiero al tiempo en que vivimos. Por fidelidad—quizá inconsciente, quizá sólo intuitiva—a este tiempo, Camilo José Cela prefiere las pobres gentes a que antes hice referencia.

El personaje novelesco tiene que «interesar», pero en el concepto de lo *interesante novelesco* se padecen algunos errores. El diseño, hecho por don José Ortega, del «hombre interesante» se ha aplicado, se aplica, al personaje de novela, lo cual no es un error, salvo cuando el criterio es exclusivo. El hombre interesante de Ortega es un buen personaje de novela, pero hay muchos otros hombres—reales e imaginarios—que pueden serlo. En realidad, de verdad puede serlo todo hombre, y en esto me siento ilimitadamente democrático, y no por razones políticas, sino religiosas, que no tengo embarazo en trasladar a la estética. Todo hombre, por el hecho de serlo, puede transitar con plenitud de derechos por las páginas de una novela, siempre que el novelista sepa adivinar lo que hay de novelesco en la vida de todo hombre. Que lo hay. Unas veces visible, otras invisible; unas veces dominando con su singularidad o su dramatismo toda una existencia; otras, concentrado en un momento, en un clímax, antes y después del cual sólo existe la vulgaridad.

Camilo José Cela pretende salvar de la vulgaridad a sus ciento sesenta per-

sonajes describiendo «su hora», así como las acciones que conducen a ella. Como propósito de un novelista, me parece sencillamente extraordinario. Ahora veremos la medida en que C. J. C. lo consigue, y la medida en que se queda a la mitad del camino.

Al primer tercio de *La colmena* se tienen ya ciertas seguridades acerca del método de C. J. C. y de las tintas que maneja para su versión del hombre (léase de unos hombres y de unas mujeres determinados). El método es el más antiguo, el que recoge acciones externas y palabras; las tintas son pocas y violentas, algo así como un verde montado sobre blanco y negro. Estoy seguro de que el arte pictórico de Solana no es ajeno a esta operación, y quizá vuelva a referirme a él.

Y digo verde por la especial simbología de este color, no en su versión poética—esperanza—, sino vulgar—sexo—. El motor común a estos ciento sesenta personajes es fundamentalmente el sexo, y—pido perdón al lector por la irremediable utilización de la voz directa—un coito, realizado o frustrado, el clímax de sus vidas. Como una de mis censuras se refiere a esta monocromía, quiero reconocer por anticipado que C. J. C. ha conseguido singularizar todas y cada una de esas «horas», pues si todos los personajes se mueven por el mismo motivo, cada uno de ellos se mueve de manera perfectamente personal, de suerte que, conocidos, es fácil distinguirlos, si en el tumulto de la novela se elige al azar un momento cualquiera de las vidas allí reseñadas.

Yo no creo que Camilo haya elegido este especial color movido por lecturas. No creo a Camilo perteneciente a esa turbamulta que tiene al sexo por el eje en torno al cual gira la vida humana. Afortunadamente, *La colmena* está limpia de doctrina, limpia de teoría. Lo que sucede es que el escritor ha preferido los motivos sexuales por parecerle más evidentes, característicos y dramáticos. Es indudable que lo son, y nada más lejos de mi pensamiento que negarles la importancia que tienen en la vida humana, el peso con que lastran el destino de cada hombre. Pero ni son únicos ni decisivos. Se me objetará que su importancia es relativa, y que en las personas vulgares que Camilo hace andar por su novela abarcan un «espacio vital» mayor que en otras, espiritualmente ricas, distinguidas o selectas. También es cierto; pero creo que entonces el novelista está obligado a presentarnos el mapa completo de esas personalidades vulgares, y hasta de mostrarnos la trayectoria en cuyo final se establece el predominio del sexo sobre los restantes motivos. Y conste que no me apoyo para exigirlo en razones de orden moral, sino en que el resultado de la monocromía usada por Camilo son esquemas de la realidad, esquemas de una sospechosa pobreza.

Quiero elegir como prueba uno de los momentos mejores de *La colmena*, el clímax sexual de los personajes Filo y Don Roberto. Es el más limpio y moral, y estoy seguro de que Jacques Leclercq no vacilaría en elegirlo como ejemplo ilustrativo de su *Matrimonio cristiano*. Filo y don Roberto son una pareja madura, padres de cinco hijos cuyo nacimiento presidió un cromo de la Virgen del Perpetuo Socorro. Filo está madura y en su cuerpo quedan restos de belleza; don Roberto usa dentadura postiza, que cada noche deja en un vaso de agua tapado con «papel de retrete» al que hace unos rizos sobre el borde del vaso. (Obsérvese la riqueza de detalles característicos que acreditan al novelista de raza.) Los muebles de la alcoba son de chapa envejecida; el armario carece de espejo; en la lámpara del techo no hay bombillas, y sobre

la mesa de noche hay una bombilla sin tulipa; don Roberto lee el periódico al acostarse y Filo le pide cuidado con las quemaduras. Durante el día han pasado a don Roberto dos o tres cosas vulgares; ha pedido cinco duros de anticipo porque al día siguiente se celebra una fiesta familiar, la conmemoración modestísima de algo que no hace al caso y que puede festejarse con ¡cinco duros! Termina la jornada; Filo y don Roberto se acuestan, y el novelista los persigue hasta la alcoba, hasta el umbral mismo de la intimidad conyugal, cuya descripción se sustituye por unos puntos suspensivos, pero de la que nos hace saber una interrupción: ¿es un niño el que llora? Los actos, los diálogos, castos. Necesitamos, para comprender en su entereza lo que sucede a Filo y a don Roberto en aquel momento, que por debajo de la vulgaridad de un coito conyugal transcurra el agua viva de una profunda espiritualidad. «Eso» no puede suceder «así» entre dos personas vulgares, cuando estas dos personas llevan bastantes años de casadas, no son hermosas, viven estrechamente y su vida parece consagrada por entero a la procura del pan de cada día a través de ocupaciones triviales. Si Camilo nos ofrece esta suma de datos reales, si nos hace seguir a los personajes a través de una serie de situaciones de la más desesperante vulgaridad, y, de pronto, al juntarlos, la oscuridad de su alcoba se enciende de luz espiritual, ¿no faltan datos? Todo es cierto, pero todo es insuficiente. El clímax deja entrever que Filo y su marido son capaces de amarse extraordinaria, profundamente, sin importarles un comino las circunstancias adversas, el cúmulo de fealdades que les rodea. El caso es tan insólito que inmediatamente el lector quiere saber más de los personajes; no le basta la tonalidad verde, no le basta el sexo. Estas dos vidas tienen otros ejes; estas figuras son, indudablemente, riquísimas en su color; poseen delicados matices si se examina de cerca la vulgaridad de su apariencia.

(¡Es que Filo y Don Roberto son dos entre ciento sesenta personajes, y no hay tiempo ni espacio para analizarlos mejor! Bueno, ¿y qué? Eso no impide la insatisfacción de mi curiosidad, la angustia de mi simpatía.)

El impresor dispone de varias tintas; si aplica una sola a la figura humana, no podemos decir que ese color *no esté* en la realidad, pero decimos que es insuficiente. Los matices del sexo en *La colmena* son variados, pero no bastan para darnos, de cada personaje, una realidad suficiente.

* * *

INTERMEDIO MORAL.—Casi todo lo que hacen los personajes de *La colmena* es pecado; las situaciones son escabrosas; las palabras, con frecuencia brutales y groseras. No obstante, creo no haber hallado en todo el libro eso que los moralistas llaman *delectación morosa:* la referencia que antes hice al arte de Solana la excluye. No me creo, sin embargo, capacitado para hacer un juicio moral de esta novela. Que no es, desde luego, para uso del Delfín; que suministra, indudablemente, imágenes arriesgadas al lector de cerebro calenturiento. Pero esto último sucede, o puede suceder, con la narración más casta: almas hay que llevan dentro la suciedad y que en el agua clara hallan motivo de encenagamiento.

Pero yo, puesto a elegir *La colmena,* hubiera evitado determinadas descripciones, determinadas palabras, por grande que sea su fuerza. No por mojigatería. C. J. C. puede aducir, como réplica, que mi primera novela ha sido reti-

rada de la circulación por contener, según la almibarada expresión de un capitoste, «imágenes lascivas». No tal, sino dos o tres capítulos de una fea crudeza, de una dureza de tintas deliberadamente goyescas. Hoy los rechazo, no por razones morales, sino estéticas. Estropean un conjunto. Pero cuando los escribí lo hice a ciencia y conciencia de que con ello lastimaba ciertas formas de sensibilidad por las que no tengo ningún respeto. Son, no moral, sino moralina; personas para las cuales es pecado todo cuanto se refiere al sexto mandamiento y aledaños, pero que en cambio despachan patentes de honestidad a los soberbios, a los envidiosos y a los que alimentan su codicia con la sangre de los desventurados. Yo soy católico cristiano y exijo una moral robusta: exactamente la que permitió al Vaticano atesorar la más bella colección de desnudos artísticos, la que permitió a la Inquisición autorizar la venta y la lectura de *La Celestina*.

* * *

Me gustaría ahora resumir en poco espacio las cualidades estrictamente literarias de *La colmena*, el modo de estar escrita, que me parece la más indiscutible y brillante de sus condiciones. Cualesquiera defectos que se pudieran achacar a los anteriores libros de C. J. C., quedaba siempre salvado el primor de la escritura, y al decir primor no debe interpretarse como prosa primorosa, acicalada y bonita, sino quizá todo lo contrario. No quiero repetir aquí lo dicho tantas veces acerca de su desgarro, de su dura sencillez, de su naturalidad. Pero sí quiero señalar su perfección instrumental. Sirve a la narración, sin que ninguna de sus otras cualidades la embarace. No se detiene jamás en ringorrangos retóricos; es más bien prosa antirretórica, el antídoto de ese «estilo *speaker* de Radio» que ahora predomina, en las novelas como en los titulares de los periódicos, y en el que todos hemos pecado, quizá por no llamar la atención. Con procedimientos y recursos distintos, la prosa de C. J. C. pertenece al mismo género que la barojiana (quede bien sentado que son especies distintas), y, como ella, tiene un especial encanto lírico de difícil análisis. La segunda cualidad de las «estrictamente literarias» se refiere a los diálogos. Los personajes de Cela dialogan, hasta el punto de que narración y diálogo constituyen la totalidad de sus procedimientos. No es un fin en sí, sino que, como la prosa, sirve a la narración y a la caracterización. Se reduce, pues, a lo esencial; es breve en las frases, rápido, concebido con sobriedad económica. Cuando alguien dice «Buenos días», hay una razón literaria para que lo diga. Estas cualidades no impiden que cada cual hable a su manera, hasta el punto de que algunos personajes apuntan «tics» dialógicos, características personales. Lo que no hay son divagaciones, pensamientos profundos en que el autor expresa sus puntos de vista: la técnica de Cela y propia contextura psicológica lo excluye. Me complazco en destacar la idoneidad de este diálogo novelesco a los fines generales de la obra. Es un elemento fundamental en un conjunto construído, pero existe una divergencia curiosa que dará pie a mi última divagación crítica.

Este diálogo de que hablo es «flúido», natural. Pero *La colmena* en su totalidad no es natural ni flúida. Siendo C. J. C. un intuitivo, la construcción de *La colmena* no desarrolla una arquitectura intuída, sino pensada y repensada, de origen completamente intelectual, casi puede decirse que «planeada», en el sentido más corriente de la palabra, es decir, procedente de un plano, no de un plan. Esto no es ilegítimo, y la combinación de intuición e inteli-

gencia es deseable para toda obra de arte. Sin embargo, yo no estoy conforme con el «plano», con el «dibujo» sobre el que *La colmena* está construída. Obedeciendo a un honestísimo, a un laudable propósito de renovación técnica, me parece un error. Me he permitido inventar, en honor de Camilo, un par de pedantísimas fórmulas en las cuales pretendo resumir los procedimientos constructivos usados en esta novela. Son éstas: Construcción en tumulto y progreso en rotación. Son aplicables a *La colmena* y a otras novelas anteriores en que se ha usado el mismo procedimiento, que, según mis recuerdos, se remonta a *Manhattan Transfer*, de John Dos Passos. El cual no ha hecho otra cosa que «mecanizar» una técnica anterior, si se quiere, modernizarla. De la técnica antigua es buen ejemplo *Guerra y Paz*, de Tolstoi. Cuando la acción novelesca afecta a un gran número de personas sin que entre ellas se destaque un protagonista en torno al cual puedan ordenarse los hechos, la necesidad exige pasar de unos personajes a otros, igualándolos en el relieve y viendo cómo entre todos llevan a buen término literario el desarrollo argumental. Esta forma de composición tiene su correlato plástico, por ejemplo, en las «kermesses» de la pintura holandesa. Llamémosle, si parece bien, «composición en tumulto». Pero la sutileza moderna le ha impuesto varias modificaciones, en las que consiste su «mecanización». Si tomamos como ejemplo la citada novela de Dos Passos, vemos en seguida que no existe un argumento colectivo, orgánicamente desarrollado por los personajes; existe, si acaso, un «pensamiento» del autor que sirve para reunirlos, aunque lo corriente es que la presencia de determinada multitud en las páginas de la novela obedezca a simples razones de localización geográfica y de elección del autor. Es la vida real lo que el novelista quiere describir, en lo que tiene de multitudinaria y, al mismo tiempo, de irremisiblemente individual. No hay en *Manhattan Transfer*, como tampoco la hay en *La colmena*, verdadera colectividad. Si tomamos un momento concreto de la realidad, veamos lo que sucede, a partir de este momento, a los personajes elegidos. Ahora bien: en la realidad, la vida de estos personajes transcurre simultáneamente, y la novela no puede jamás realizar esa simultaneidad, porque su propia naturaleza exige la narración sucesiva. Cosas que están sucediendo al mismo tiempo han de contarse una después de otra, sin remedio (sólo la música orquestal puede expresar la simultaneidad). Entonces el novelista, para superar tal deficiencia, fracciona en momentos casi miscroscópicos el curso vital de cada personaje y los sitúa uno después de otro, con lo cual resultan dos cosas: que no consigue dar la impresión de «simultaneidad» y que estropea la unidad de cada acontecimiento. Porque lo que cada personaje hace o padece comporta un efecto emocional que reside ante todo en la continuidad expositiva, cuya ruptura provoca un verdadero desastre artístico. Síguese a esto que la manipulación de muchos personajes exige la disminución del tiempo y del espacio concedido por el artista a cada destino individual, con la consiguiente esquematización a que antes me refería (si no quiere hacerse una novela interminable). Por último: un procedimiento así, al ser inorgánico, quiero decir artificioso, impuesto, corre el riesgo de convertirse en puro truco. Y yo no tengo inconveniente en ponerlo al alcance de cualquiera: escríbanse tantas narraciones cortas como se quiera; fragméntense y compóngase luego un conjunto presidido por un criterio de rotación progresiva; el resultado (a este respecto, sólo a este respecto) se parecerá a *La colmena*.

* * *

ENVÍO A C. J. C.—Mi querido Camilo: Esas pobres gentes vulgares que se tropieza uno en cada esquina están esperando su poeta. Y tú estás en condiciones de serlo. Sabes muchas cosas del oficio novelesco, pero entre ellas las hay que sirven y las hay que no sirven para nada. Como europeo, te pido que dejes de preocuparte por lo que se invente en el mundo relativo a técnicas y permanezcas fiel a la novela con protagonista, con unidad de acción más o menos estricta y con desarrollo sucesivo; como español, te ruego que concedas a cada hombre la atención necesaria, la atención ancha que merece su desventurada existencia, y saques entre la ceniza gris y el cieno de cada vida esa «hora» espléndida que redime al hombre y le da sentido. Lo que has hecho en tu *Pascual Duarte*, pero referido a hombres reales, y con más lentitud, si quieres con más detalle (nunca te perderás en lo accesorio, y ésta es una de tus mejores cualidades). No te dejes seducir por esa monserga «de la masa», porque la masa no existe más que a la vista, como adición mecánica de hombres y hombres, sin que nada común y vivo los reúna en algo superior. Escribía, hace ya bastantes años, desde Rusia, Dionisio Ridruejo, que nada había visto nunca más furiosamente individualizado que esos miembros anónimos de la sociedad socialista. Yo creo que, además de individuos, son personas, aunque muchas veces lo oculten o disimulen. Tú puedes, justamente. sacar a luz la personalidad de cada uno y darle la importancia literaria que cada hombre merece. Hazlo, y déjate de experiencias técnicas. Lo que la novela española necesita es renovación poética, y no renovación técnica. Cuando no hay hombres ni mujeres cuyas vidas contar con destreza, emoción y ternura, se acude a los trucos constructivos. Pero tú tienes mucho que contar. Cuéntalo con el respeto que las cosas de los hombres merecen, con un respeto artístico que se corresponda con un respeto moral, con ese respeto amoroso que merecen incluso las rameras y los viciosos más repulsivos de tu *Colmena*. Estoy seguro de que, si lo hubieras hecho con cada uno de ellos, algo descubrirías en golfas y viciosos que nos conduciría a amarlos y compadecerlos.

Gonzalo Torrente Ballester.
Escuela General Naval.
Castellana, 38.
MADRID.

CANOVAS, 1951, por *Manuel Fraga Iribarne.*

En la época de los mitos, dos libros importantes vienen a realizar la decisiva tarea de enfrentarse con uno de los más conspicuos de nuestra mitología política: Cánovas y la Restauración. Fernández Almagro, el gran historiador contemporáneo, lo desmonta hacia atrás, lo apea en su mundo del XIX, ese rico y paradójico, inverosímil siglo XIX (1). García Escudero (continuando las grandes esperanzas que todos teníamos en su vocación de intérprete de la Historia reciente de España) confiesa a la Esfinge desde acá: desde la segunda República y la guerra civil, donde desemboca el experimento canovista (2). Las dos obras se completan, pues el colosal monumento de investigación y buen sentido del ilustre académico encuentra un digno colofón en el vibrante ensayo (del que esperamos con ansiedad la *opera lata)* del joven oficial del Movimiento; porque una biografía de un hombre de Estado puede muy bien terminar con las pompas fúnebres, pero no si incluye la exposición y valoración de su política.

De todos modos, no hay por qué ocultar que los dos planteamientos y una diferencia de generación conducen a interpretaciones discrepantes del hecho canovista, que por bien centradas agotan la posible discusión. Para Fernández Almagro, Cánovas pudo cerrar el tremendo e inestable proceso revolucionario del siglo XIX español abriendo posibilidades de convivencia que otros no supieron continuar, porque fué un político de cuerpo entero, realista, que supo sacar el mejor partido de los hechos y dominó el arte del compromiso y de lo posible. De hecho, esto es lo que Cánovas pretendió hacer: la carta a Fabié, de 23 de marzo de 1873 (véase Almagro, pág. 217), es terminante al respecto: *Yo no puedo transigir con que se repita aquello de los mal llamados años de régimen constitucional, que se dijo en 1823. Si logramos colocar alguna vez al príncipe Alfonso en el trono, recogeremos las enseñanzas de los tiempos y utilizaremos cuanto hay de utilizable en el movimiento que derribó a la reina Isabel. Empeñarse en restablecer lo que pasó sería grave falta, y sus consecuencias funestas las tocaríamos primero que nadie la Monarquía y nosotros. Aspiro a que una Constitución liberal y generosa cobije a cuantos españoles de-*

(1) Melchor Fernández Almagro: *Cánovas: su vida y su política.* Ediciones Ambos Mundos, XX. Madrid, 1951. 734 págs.

(2) José M.ª García Escudero: *De Cánovas a la República.* Ediciones Rialp, S. A. Madrid, 1951. 352 págs.

seen la prosperidad de la Patria. Por otra parte, suya es la frase: *La vida en la política y fuera de la política es transacción.* Almagro comenta: *Dijérase que llevaba el doctrinario en la masa de la sangre* (pág. 12). Ahora bien: la clave está en una previa aceptación de la vigencia del ideal liberal como ideal del siglo: Cánovas, miembro destacado de la Unión Liberal, fundador y jefe del partido liberalconservador, hace prometer al príncipe Alfonso que será, *como hombre del siglo, verdaderamente liberal;* y se pinta a sí mismo, con frase retorcida: *Siendo o no doctrinario, que la verdad es que no lo soy realmente..., siempre ha sido y es* (él mismo), *y no puede dejar de ser liberal.*

Cánovas, como tantos otros, se ha dejado seducir por Londres y París; cree que el siglo XIX marca realmente el paso del progreso, mas sobre un sistema ya consolidado, al que no cabe sino incorporarse. *La decadencia de España coincidió, desgraciadamente, con la* CONSTITUCIÓN DEFINITIVA DE LA EUROPA (el subrayado es nuestro), *con el sistema de su equilibrio, con los grandes descubrimientos y adelantos científicos, con la generación de todos los intereses, de todos los principios, de todas las necesidades que hoy tiene el mundo.* Era verdad; pero ¿por qué cree Cánovas que aquello va a ser definitivo? Ahí está su gran error histórico, muy explicable por lo demás, pero que hoy nos aterra después de ver derrumbarse aquel sistema mundial y aquel evo histórico.

Cánovas aspira a levantar (poco a poco, porque *las obras de la política son, por naturaleza, para ser seguras, sucesivas y lentas...; el éxito de mañana exige la paciencia y la espera de ahora)* a la decaída España a un nivel digno de incorporarse al gran sistema progresista. No podemos—dice—oponernos *al concierto de las naciones europeas, cuando por nuestra posición en Europa, y en América, y en Asia, necesitamos captarnos las simpatías del mundo entero.* Pero la verdad era otra: no eran razones de política exterior, sino de filosofía de la Historia, las que le hacían buscar ese asentimiento. Y ése es el motor de su deseo de compromiso: frente a Manterola, y su *o don Carlos, o el petróleo,* Cánovas buscará el equilibrio, porque verdaderamente cree que en el medio está la virtud.

Por eso Cánovas no cree en la REVOLUCIÓN *(un hombre honrado no puede tomar parte más que en una revolución, y esto porque ignora lo que es),* ni en la DICTADURA *(no sería Cánovas, junto a O'Donnell. quien le aconsejara infidelidad semejante al espíritu de los tiempos,* pág. 62). Cánovas desea la PACIFICACIÓN: *militarmen-*

te, con la victoria sobre los carlistas en la Península, y sobre los insurrectos en Cuba; políticamente, con el sostenimiento de todos los partidos a la lucha legal que la Constitución garantizaría (página 294). Nada de *la violencia de los extremos:* logrado éste, lo demás vendrá poco a poco. ¿De dónde? Del espíritu del siglo, sin duda.

Porque Cánovas no afrontó las reformas sociales o económicas: se conformó con la paz. Miró demasiado a las viejas oposiciones, cuya inserción en el régimen consideraba «una necesidad». Dejó subsistir el régimen de «oligarquía y caciquismo»; sus ideas sobre la «Monarquía social» no pasaron del discurso: *todo quedó en conato* y teoría (reconoce el propio Almagro). Respetó íntegramente la abigarrada aristocracia que le legó el siglo XIX: la grandeza de PEQUEÑECES, *todos hombres encantadores, verdaderos señores españoles, generosos, de ingenio, pero un poco a mal con la reflexión, los libros e incluso la ortografía,* como los describe el curioso diplomático Vasili; los políticos turnantes, que hacían decir al propio observador de «la sociedad de Madrid» que, *salvo el caso extraordinario de una Constituyente, el aspecto de las Cortes de la Monarquía es casi siempre el mismo. La derecha se compone de carneros de Panurgo: en una Cámara canovista está formada por grandes señores y barones de las finanzas; en una Cámara sagastista, también, por grandes señores, altos funcionarios, ingenieros compañeros de promoción o antiguos alumnos de don Práxedes, de generales y literatos.* No se afrontaron las reformas militares, y llegamos al 98 a la vez desarmados y con un grave problema del Ejército. No hubo política exterior, y nos equivocamos en Africa, en América y en Europa: falló la política del gran *cunctator*. Las clases medias siguieron sin un papel claro, acampando sobre un presupuesto que era considerado *la moderna marmita de la* SOPA BOBA *de los conventos;* y, en fin, Cánovas, que criticaba a Sagasta *su afán de dejarlo todo para el día siguiente,* incidió, con más talento y preparación, en un error semejante.

Su fe estaba en la Monarquía liberal, o en el liberalismo monárquico. *La realidad social parecía refrendar la avenencia política. Madrid volvía a ser Corte* (pág. 248). Era mucho esperar de principios meramente formales y de la ficción (fantasmagoría) en lo esencial. Creo que Almagro deforma un poco su interpretación, casi siempre objetiva, cuando dice que *de Balmes, de un determinado Donoso Cortés y de los doctrinarios franceses, vienen los políticos que, surgiendo como Cánovas de la Revolución de 1854,*

establecerían muchos años después la Monarquía de Sagunto sobre la ancha base de la Constitución de 1876. Ese determinado Donoso era el del Ateneo, el fulminantemente rectificado a la luz de la revolución de 1848; y a Balmes no es fácil encontrarle tampoco en Cánovas. El arzobispo Cascajares, e incluso el bueno de Sardá, están más cerca de los dos epigonos del catolicismo social, cuya misión hoy nos impresiona por su nitidez. La línea política de Cánovas, que Almagro hace llegar, *prolongándola conjeturalmente hasta nuestros días,* hacia la *democracia cristiana,* está realmente en los doctrinarios, y éstos habían agotado sus posibilidades en la generación anterior.

Cánovas milita contra el sufragio universal, contra el servicio militar universal y obligatorio, contra la invasión bárbara del proletariado ignorante. Pero sólo les opuso discursos, en lo que queda muy a la zaga de su antagonista Bismarck. No vale echar luego la culpa al electorado por su pasividad: como fué error, de Maura al propio Calvo Sotelo, apelar al pueblo, que reclamaba gobierno, para exigirle opinión.

Por eso García Escudero cree que Cánovas desemboca lógicamente en el 98, en la dictadura y en la república. El problema que se le planteó al restaurarla fué el de la mayor parte de los políticos contemporáneos: *gobernar a unas sociedades irreductiblemente divididas.* Para ello cabían dos intentos de solución: *aceptar como un hecho la división de la sociedad y procurar restituir a ésta la unidad moral perdida mediante la acción de un poder que no se proclama neutral en las contiendas ideológicas de los súbditos cuando afectan a los fundamentos de la convivencia;* o bien ignorar el problema, *desconocer que toda política es, en su entraña, dogma; rehuir el cortar y decidir, y escoger unos principios tan vaporosos que bajo ellos quedan tirios y troyanos* (pág. 10). O sea, en el caso de 1874: *entre las dos Españas reales había que optar por una* (página 12), lo que presupone esta otra pregunta: *Pero Cánovas, ¿pudo optar? ¿O eligió el único camino posible?* (pág. 17).

Escudero es tajante: *El único desenlace, a la larga, del problema que Cánovas planteó en 1874, era la guerra civil* (pág. 279). Y ello no era por falta de otras soluciones: en vez de montar un partido liberalconservador, se pudo centrar la monarquía en un grupo carlista moderado, enlazando con la empresa de Balmes y Viluma; o sea *quitar su bandera al partido carlista,* en vez de ponerse *al frente de todos los monárquicos liberales.* Escudero, nótese, respeta en Cánovas al mayor político español del siglo XIX,

el gran defensor del orden, el ejemplo de políticos; *pero no podemos desconocer que no acertó* (pág. 80). Y llega al lindero del condicional SI histórico: *¿Qué no habría conseguido* SI *en lugar de su gris desfallecimiento hubiera enfrentado al rojo de la subversión la púrpura real, que todavía conservaba en España una vigencia social que después perdió?* (pág. 84).

Escudero no cree en la posibilidad de un liberalismo español: somos rígidos, intolerantes, con escasa capacidad para el diálogo; no podemos soportar un Gobierno «a la inglesa». Al pueblo español, *la Restauración le aburrió* en cuanto *régimen de puras formas, y para eso, lacias y de mal ver* (pág. 94). Claro es que no oculta su censura hacia la intransigencia inoperante de los integristas y la «siesta social» de las derechas españolas (págs. 68-69). Lo cierto es que el país, sin clase gobernante, con una minoría caciquil despreocupada y un sufragio inorgánico, no podía recibir de la maquinaria de 1876 sino equipos gobernantes defectuosos, el primado de los intereses locales y de grupo y grandes dificultades para toda empresa de altas miras y que exigiera sacrificios. Y la izquierda vuelve a dominar desde el 98, que parece justificar de nuevo la versión extrema del consabido prejuicio *que España era el problema y Europa la solución.*

Progresivamente falla hasta la más elemental concordia: *a nuestros políticos se les fué escapando de las manos la dirección de una sociedad que, evidentemente, a partir del año 17, se les hacía* DEMASIADO GRANDE. Había pasado la época de las ficciones: las dos viejas oligarquías (terratenientes castellanos y andaluces) ven surgir frente a ellos la sociedad industrial de masas: capital y trabajo organizados. En esta crisis fallan todos los resortes: no hay unidad geográfica, ni estructuras sociales admitidas, ni ideologías dominantes, ni burocracia experta, ni base económica. El maurismo no sabe llegar a la dictadura civil, y por eso tuvo que venir la dictadura militar, que, a su vez, intentó hacerse civil y aun retirarse (como lo hizo), de modo (son palabras de José Antonio) que *embarcó a la Patria en un proceso revolucionario, y, por desgracia, no supo concluirlo.* Y añade Escudero: *La dictadura comprometió la estabilidad de cuanto la sucediera. Pero cuando lo que vino detrás vino como oposición radical a la dictadura, las posibilidades de estabilidad se esfumaron* (pág. 248).

Y advino la república: nada nuevo, salvo el paso (impuesto por el cambio de estructura) de «oligarquía y caciquismo» a «oligarquía y enchufismo». «Unas masas proletarias» y «una juventud»,

empezó, *dan a la vida española un aire en parte hosco, en parte limpio, que nunco tuvo hasta entonces* (pág. 279). Era el despertar de *la larga fiesta liberal* (pág. 300); pero esta vez ante unas alternativas ideológicas brutalmente claras en el radical análisis que se venía haciendo desde el 98.

El siglo XIX había sido el de la victoria constante de minorías izquierdistas contra derechos divididos; pero en 1936 había surgido, sobre nuevas bases, un pujante Frente Nacional, frente al cual el Frente Popular se hizo añicos. La poética evocación (tan honrada) de los primeros días de la guerra (págs. 311-12), de los hombres contra el Estado, de lo vital contra lo positivo, desemboca en la gran oportunidad de 1939, muy superior (no hay duda) a la que tuvo Cánovas, pues aquí la izquierda quedó vencida y desengañada. *La historia que en ese día empezaba tenía que ser otra historia* (pág. 342).

He aquí dos versiones interesantes de una vida y una obra; y de la España que fué, la que se quiso hacer y la que tiene que ser.

M. Fraga Iribarne.
Ferraz, 63.
MADRID.

ARTE SACRO MISIONAL EN MADRID, por *Tomás Ducay Fairén.*

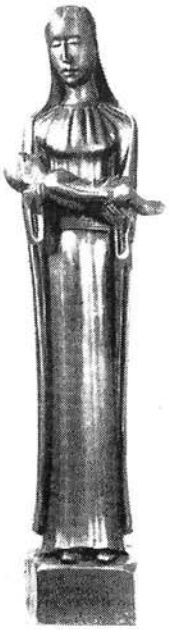
TAL vez sea la primera vez en la Historia que el hombre intenta, por lo menos con tal amplitud, crear deliberadamente un nuevo arte. Porque éste es, en última instancia, el propósito que alienta en la Exposición de Arte Sacro Misional que se exhibe esta primavera en Madrid, después de presentarse por primera vez en Roma, el pasado mes de marzo, acontecimiento que fué recogido ya en el número 19 de esta revista (1).

No se trata sencillamente de resolver un problema parcial en cualquiera de las artes o de iniciar una nueva tendencia más o menos efímera y minoritaria. Tampoco de utilizar, en una rápida acción de propaganda, los elementos de un arte ya existente, revistiéndolos superficialmente de un cierto

(1) Angel Alvarez de Miranda: «Arte y religiosidad. (Notas al margen de una Exposición de Arte Misional.)» *Cuadernos Hispanoamericanos*, número 19 (enero-febrero 1951), págs. 31-38.

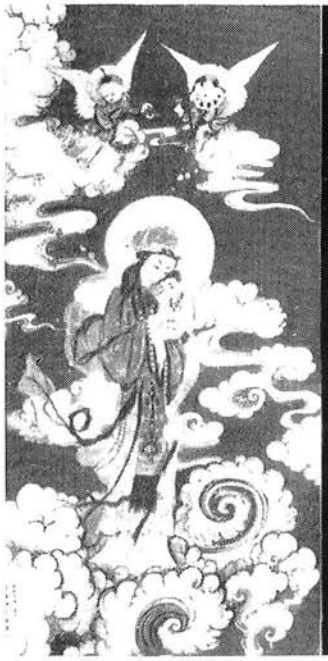
ANTOLOGIA MISIONAL MARIANA

INDIA



TANGANICA

COREA

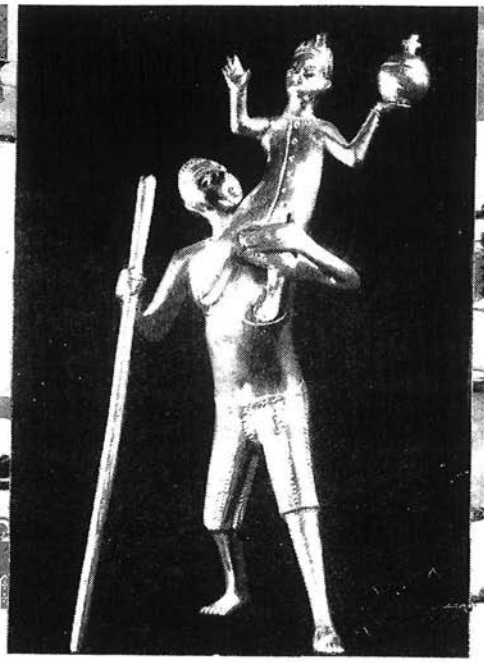


CHINA

OCEANIA

JAPON

JAPON

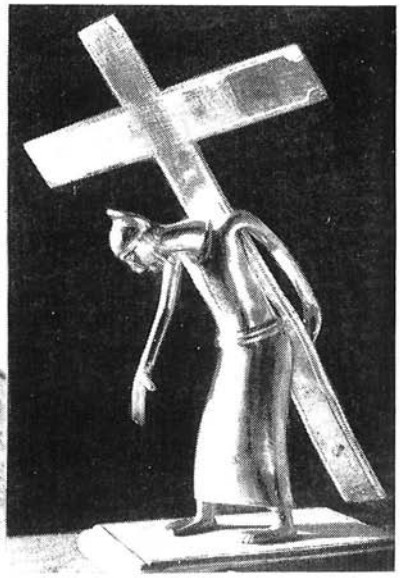


AFR. OCC. FRANC.

CHINA

INDIA

CHINA



AFR. OCC. FRANC.

aire cristiano. No; el arte que se pretende crear es arte para millones de hombres y para muchos siglos. Se busca nada menos que hacer surgir una nueva «voluntad de estilo» en cada una de las grandes áreas misionales. Hay que alcanzar un arte que, siendo esencialmente cristiano, sea auténticamente indio, chino o negro, y capaz de resonar profundamente en el corazón de grandes masas. Solamente si un nuevo espíritu, y con él una nueva cultura, alborean ya en aquellas tierras, podrá realizarse este ideal.

* * *

Sensibilizar, encarnar la vida y el pensamiento cristianos es la primera condición que puede exigirse a un arte de misión. Realizar esto en obras que muestren verdaderos valores estéticos es la segunda. En todo lo demás es libre. Por eso su morfología y su problemática son tan diversas como distintos son los pueblos que se evangelizan.

Así, en los pueblos de civilización más primitiva, negros y oceánicos, hay que ayudar al florecimiento de una cultura, todavía germinal, que ha estado, en muchos momentos, a punto de ser sofocada por el peso de la cultura blanca colonizadora. Los misioneros saben que imponer a los primitivos la cultura europea es tanto como destruirlos y, por otra parte, hacer infructuosa su propia labor.

Veamos, por ejemplo, cómo actúa el servicio misionero «Art et Louange», que trabaja principalmente en el Africa francesa. Estudia, por una parte, detenidamente el simbolismo pagano para transportarlo al servicio del culto católico; por otra, suscita en torno a cualquier puesto misionero un artesanado indígena del que pueda surgir una gran escuela de arte indígena. La obra presentada por este servicio es de lo más notable de la Exposición. Tales los pequeños grupos en cobre procedentes de Dahomey (*Negación de San Pedro, La barca de la Iglesia, Lázaro, Nacimiento, San Pedro y el gallo*, etc.). En ellos, más que representarse un hecho, parece que se cuenta una historia; tal es la intensidad con que han logrado expresar la emoción del «instante» con medios técnicos muy rudimentarios.

* * *

El problema que se plantea en los pueblos de una gran tradición cultural no cristiana es el de transfigurar su arte para que llegue a ser expresión adecuada de la espiritualidad cristiana. La dificultad es aquí mucho mayor que en los pueblos primitivos. En éstos la cultura está casi en *status nascens*, apenas hay tradición; y esto hace que la cristianización para el negro, por ejemplo, suponga en cierta manera el empezar simplemente a «ser» hombre. En cambio, para el indio o el chino la cosa es muy distinta. Heredero de una gran cultura cuyo contenido no es cristiano, al cristianizarse ha de renacer, ha de ser «otro» hombre; ha de desarraigar raíces muy profundas para que pueda surgir en él una vida plenamente cristiana. Quizá por eso no nos parece tan satisfactorio el arte que la obra presentada nos da a conocer. No quiere decir esto que el esfuerzo realizado carezca de importancia. En la India, un misionero español—el P. Heras—ha tomado parte muy activa en la formación de una escuela cristianizadora del arte indio. En la obra pictóri-

ca que nos ha presentado podemos distinguir dos grupos. De un lado, los pintores cristianos, que en su conjunto presentan dos caracteres muy marcados: preocupación por acentuar la trascendencia espiritual del contenido de la obra, y en segundo lugar, una sujeción, en algunos casos excesiva, a la estilización tradicional de las figuras. (*María Magdalena*, de Frank Wesley; *El Buen Pastor*, de A. Thomas.) De otra parte, el grupo de pintores hinduístas que pinta cuadros con temas cristianos. Hay en ellos cierta tendencia al patetismo. (*Padre, perdónalos*, de Privikran; *Cristo muerto*, de Chandrakant.)

* * *

La pintura cristiana de China nos ofrece, entre otros, dos pintores, interesantes más por su posición que por su obra. Uno es el P. Edmond Van Genechten; el otro, Chang Hao Ho.

El P. Van Genechten es, según sus palabras, un convertido al idealismo artístico chino. Su esfuerzo por apoderarse de la técnica pictórica china le condujo a estudiar a fondo su cultura hasta asimilarla de tal manera que, tras veinte años de experiencia, ha decidido abandonar para siempre la estética occidental. Y esto no para hacer más fácil su labor de artista misionero, sino porque está convencido de que el arte oriental procede de una experiencia religiosa, mientras que el occidental es arte fundamentalmente humano y por esto sensual y realista. Tanto es así, que para el P. Van Genechten los grandes estilos religiosos de Occidente—por ejemplo, Giotto y la pintura italiana de su tiempo—nacen de un encuentro con la sensibilidad artística del Oriente. Frente al naturalismo, individualista y concreto, de Europa, China ha logrado un irrealismo que, huyendo de la apariencia de las cosas, busca la intuición de la vitalidad rítmica universal. Esto hace que la pintura china, incluso el paisaje, sea profundamente espiritual y, por tanto, más apta para expresar y contagiar la experiencia religiosa. De acuerdo con esta manera de pensar, se ha esforzado el P. Van Genechten en realizar una obra china, no sólo en su forma externa, sino también en su concepción estética.

El otro pintor, Chang Hao Ho, chino de nacimiento, intenta conseguir lo contrario. renovar la pintura apartándose un tanto de la manera tradicional y acercándose a una representación realista de la Naturaleza. Lo cual da a su obra un aire occidental con caracteres formales próximos a los renacentistas. (*Huída a Egipto, La Virgen.*)

Sin embargo, la mejor pintura de la sala china es la de Lucas Cheng, pintor chino bautizado, iniciador del arte chino cristiano y que sigue la línea de la tradición pictórica. En sus cuadros se destacan, sobre todo, los valores paisajísticos, tratando de reflejar principalmente las líneas tectónicas de la Naturaleza. (*Huída a Egipto, Los Reyes Magos.*)

* * *

Por ser el Japón el pueblo de Asia donde ha penetrado más profundamente la cultura occidental, la orientación dada al problema de un arte cristiano original ha de ser reveladora de lo que puede ser el futuro arte cristiano de Asia. En el Japón, paralelamente a la instrucción de la técnica anglosajona y de la ciencia alemana, se difundió el impresionismo francés tanto

más cuanto que algunos de sus supuestos fundamentales lo eran también de la pintura japonesa tradicional. Esta asimilación ha determinado la existencia de tres corrientes pictóricas: tradicionalista una, europeizante otra, hasta el punto de olvidar la manera japonesa, y una tercera que busca conservar el espíritu del arte japonés dentro de las formas europeas.

Es curioso hacer notar que en el campo cristiano los misioneros europeos se inclinan más a interpretar el cristianismo con los valores formales de la tradición, mientras que los japoneses prefieren el estilo occidental para expresar los temas cristianos.

* * *

Ultima observación. El arte cristiano atraviesa en las tierras de misión por un momento de revolución y de crecimiento, buscando hacerse arte universal (mejor aún, popular), comunitario, ya que sólo así podrá manifestar las creencias a la comunidad de los hombres creyentes. En la misma hora, el mejor arte europeo es arte de soledad. Individual y problemático; sólo puede ser comprendido por una minoría de hombres que, junto a una gran sensibilidad, posean una educación artística considerable. Su mensaje no llega a las almas poco complicadas. De ahí la explicable pobreza del arte religioso occidental.

Tomás Ducay Fairén.
Donoso Cortés, 65.
MADRID.

UN CURSO SOBRE LA CRISIS DEL MUNDO LIBERAL, por *Tomás Salinas.*

SOBRE la crisis del mundo liberal ha versado este año el tercer Curso de Problemas Contemporáneos organizado por el Instituto de Cultura Hispánica en la Universidad de Madrid.

En su misión de integración cultural hispanoamericana, el Instituto viene realizando estos años un amplio plan de estudios sobre problemas afines o comunes que determinan una presencia constante en la Universidad española de temas que afectan al mundo hispánico.

Una problemática del mundo liberal, planteada con rigor, ha sido objeto de estudio en estos cursos de primavera desarrollados en la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas.

Si bien es cierto que el liberalismo nació con la aspiración de traducir tendencias humanas permanentes, hay mucho de «vivo y de muerto» en la idea liberal, como decía Ruiz del Castillo. El liberalismo se mostró capaz de producir un orden social nuevo y un tipo humano que hoy está en trance de revisión. Y si en Europa esta idea liberal está en crisis, en América es una idea vigente, y este desfasamiento—según Fraga Iribarne—*brinda un mayor interés al diálogo de vigencias y experiencias, de vivencias y recuerdos.*

Importa, pues, en esta labor de síntesis y revisión, separar lo que es recto y lo que es desviación. Lo que puede vivir porque es esencial, y lo que muere o ha muerto ya, por ser contingente. Lo que aún puede ser una tarea y lo que debe constituir ya un remordimiento.

Torcuato Fernández Miranda, Román Perpiñá, Villar Palasí, Sáinz de Bujanda, Cuello Calón, Fraga Iribarne, Guasp Delgado y Pérez Botija han abordado en sus respectivas conferencias los temas axiales del mundo liberal, su crisis y perduración. Fernández Miranda estudió la forma histórica de la sociedad liberal examinándola como repertorio de usos o sistema de soluciones prefabricadas, trazando un esquema metodológico de la misma. El nuevo tipo humano, el burgués, lo relaciona con los problemas morales y prácticos que plantea la nueva forma de vida y usos creados por aquél; la licitud del comercio; la cuestión del préstamo a interés; la creación de la llamada moral del trabajo, etc., que muestran la nueva realidad histórica estamental que es la burguesía, su incompatibilidad con la sociedad estamental y la exigencia de nuevas formas que lleven a la creación de un orden social que aboca al orden político en que se realiza la sociedad liberal. Fraga Iribarne, con su brillante estilo expositivo, analizó en cuatro conferencias «la nueva política», a través de la crisis del principio parlamentario y del régimen representativo, crisis del principio democrático, sufragio y partidos; crisis de los poderes y del principio constitucional, para teorizar lo que queda o podría quedar; el debate de los planes de gobierno; control de la administración; principio de oposición constructiva; la necesidad de instituciones y responsabilidades.

José Luis Villar Parasi aportó en tres conferencias una teoría de la nueva administración surgida como reacción a la administración liberal.

Estudia los caracteres del estado gendarme, del intervencionista y del planificador, deteniéndose en el estudio del resquebrajamiento de la técnica intervencionista en el Derecho administrativo clá-

sico. Considera la discrecionalidad intervencionista y la igualdad ante la Ley en relación con la pretendida inevitabilidad del socialismo como tendencia del nuevo derecho administrativo.

Sin someter a severa crítica la economía liberal, no se podrán comprender las reacciones de los intervencionismos de los Estados e incluso las guerras, ni, de otra parte, las libertades inherentes a la persona humana y de relación entre pueblos. Román Perpiñá Grau, que desarrolló las seis conferencias sobre la Economía liberal, rectifica el dístico liberal de Quesnay, diciendo: *ante la naturaleza, orden y montón; el hombre, razón y opinión. El hombre con la naturaleza, estructuras y constituciones.*

¿En qué medida el Derecho participa y sufre las consecuencias de la idea liberal? Eugenio Cuello Calón, al hablarnos del Derecho penal, alude a las íntimas conexiones entre los cambios de la organización estatal y las reformas en la legislación criminal. Afirma que el Derecho penal liberal ha resurgido en la postguerra con firmeza, pero frente a él se levantan como amenaza a sus principios las normas autoritarias de un derecho de guerra y las provenientes de los Estados de la Europa oriental.

Fernando Sáinz de Bujanda estudia con técnica precisa la diferencia terminológica entre hacienda pública y derecho fiscal, definiendo éste y estudiando su desarrollo a través del perfeccionamiento técnico de los instrumentos jurídicos de imposición frente a la crisis de la hacienda liberal.

Jaime Guasp Delgado centra el planteamiento de su concepción del Derecho procesal liberal en los conceptos de libertad y autoridad. Analiza los conceptos de seguridad y justicia, del individuo y justicia social, para terminar analizando el proceso en el cuadro institucional de un nuevo humanismo jurídico.

Eugenio Pérez Botija, en su conferencia sobre el derecho laboral y el estado liberal, configura al primero como una reacción a la libertad económica de contratación y su carácter contradictorio frente a la libertad de comercio, pese a lo cual llega a admitir la compatibilidad de un neoliberalismo con el derecho del trabajo.

Así quedó planteada esta primera serie de conferencias que sobre la crisis del mundo liberal se ha venido desarrollando en la Universidad de Madrid; para el próximo otoño el ciclo se completará y las voces autorizadas de Pedro Laín, Díez del Corral, Hernández Gil, Garrigues y Ruiz del Castillo harán el contrapunto de estas que hemos glosado.

Porque son pocos los principios que nutren el espíritu y el ideal

humano, y son numerosas, en cambio, las combinaciones donde los va uniendo la experiencia, tiene este curso una singular importancia.

Y si toda forma de vida ha menester de su antagonista, quizá pueda decirse, con Ortega, que *el totalitarismo salvará al liberalismo,* aunque quizá sea más problemático—pese al *empacho de colectivismo*—el que gracias a ello veamos *un nuevo liberalismo templar los regímenes autoritarios.*

Frente a tanta crisis, tanta angustia, como nos acosa, ha de surgir la nueva vida, la fe perdida; por eso, también con Ortega, podemos terminar: *es necesario que vuelva a brotar en el fondo del bosque que tienen las almas el hontanar de una nueva fe.*

T. S. M.

EL 4.° «CANTICO» DE JORGE GUILLEN, por *José Luis Cano.*

He aquí el *Cántico* definitivo, el *Cántico* cimero de Jorge Guillén (1). Aquel libro relativamente breve de 1928 («Revista de Occidente», 75 poesías) ha ido creciendo y enriqueciéndose a lo largo de cuatro lustros, hasta convertirse en este denso volumen de más de 500 páginas y 334 poesías que es el cuarto *Cántico,* anunciado ya por su autor como primera edición completa (las dos ediciones intermedias aparecieron en Madrid, 1936—«Cruz y Raya»—, y en Méjico, 1945—«Litoral»—). Quien tenga la fortuna de poseer las cuatro ediciones podrá comprobar la armónica y sorprendente unidad de esta obra, cuyo jubiloso mensaje está ya plenamente expresado en su primitiva forma de 1928, aunque luego, en sus acrecentamientos sucesivos, se haya enriquecido de modo extraordinario. Hoy es un río ancho y prieto de hermosura, un río ceñidamente bello, donde la gloria de la vida, que para el poeta está en todas partes aun en lo más pequeño y trivial, se canta con excepcional fuerza creadora. Ante su definitiva forma colmada, ¿cómo no afirmar que es ésta una de las obras más hermosas de nuestra poesía de todos los tiempos, una cima de belleza en un libro ya eterno? Pero si el libro ha ido creciendo en hermosura, hasta alcanzar su forma actual, también ha ido creciendo y superándose en intensidad y en emoción humanas. Nada más injusto que el reproche de poesía intelectual y deshumanizada que con frecuencia, y no sin mala

(1) Jorge Guillén: *Cántico.* Primera edición completa. Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1951.

fe a veces, se ha lanzado contra esta obra. Como ya señaló en una ocasión Vicente Gaos, para defender a la poesía de Mallarmé de idéntico reproche, no hay ninguna razón para tachar de deshumanizada a una poesía por su rigor intelectual, ya que nada hay más humano que la inteligencia. La perfección diamantina de la forma, que caracteriza a la poesía de Jorge Guillén, no debe nunca engañarnos ni hacernos olvidar que tras esa arquitectura poderosa, tras esa fábrica maravillosamente construída, late acendradamente la pasión del hombre por la vida y sus infinitas formas, y ante todo la pasión del amor, que ciertamente nadie podrá tachar de inhumana. Pues si creo que el *Cántico* de Jorge Guillén está entre las pocas obras cumbres de nuestra poesía que han de sobrevivir, no es sólo naturalmente por su rigurosa belleza formal, sino por la pasión humana que encierra, por la exaltación vital que estalla en sus versos. Con razón ha llamado Eugenio Frutos al cántico guilleniano «existencialismo jubiloso» (2). Todo el libro es como un grito de asombro, de pasmo, de fe. Y así pudo Guillén subtitular su libro, en una de las anteriores ediciones—la tercera—*Fe de vida*. Fe y asombro convertidos en pasión y en belleza. Pues es un asombro creador, que presta al mundo cantado por el poeta, no sólo exactos límites y bordes gloriosos, sino una frescura de fábula, un ardor mítico. Si la aurora inventa cada día el mundo, el poeta es el único capaz de elevarlo a la categoría de fábula, de prodigio increíble. El lector del *Cántico* se encontrará con frecuencia con una serie de vocablos que aluden a esa condición prodigiosa del mundo y de sus formas: Fábula, maravilla, prodigio, portento, leyenda. No hay aquí la menor hipérbole. El poeta lo siente así, y así lo canta. Y cuando contempla a la amada sólo sabe llamarla: *fabulosa, precisa*. Gracias a la amada, a su presencia desnuda, el mundo vuelve a ser

fábula irresistible.

Vida entrañablemente fabulosa, dice el poeta en otro verso. Pero también las cosas más triviales y corrientes pueden participar de esa condición de increibilidad:

El balcón, los cristales,
unos libros, la mesa.
¿Nada más esto? Sí,
maravillas concretas.

Para Guillén, los objetos diarios son

prodigios, y no mágicos.

Y el día, el aire, la mañana, son también prodigios increíbles:

¡Oh prodigio, virtud
de lo blanco en el aire!

He aquí, fiel prodigio, la mañana.

Y la vida sin cesar
humildemente valiendo,
callada va por el aire,
es aire, simple portento.

---

(2) EUGENIO FRUTOS: *El existencialismo jubiloso de Jorge Guillén*. «Cuadernos Hispanoamericanos», núm. 18 (nov.-dic., 1950), págs. 411-426.

Contemplado así el mundo—naturaleza, seres, cosas, *todo es prodigio por añadidura*—, la actitud del poeta no puede ser otra que la que indicábamos: de asombro y de pasmo. Y ese asombro ante el prodigio hace que el poeta —*el atónito*, como se llama en algún verso—prorrumpa en un cántico jubiloso que se basta a sí mismo:

¡Ya sólo sé cantar!

Asombro de ser: cantar,
cantar, cantar sin designio.

Tales prodigios y maravillas están ahí, a la intemperie, sin mágicos retablos embaucadores. Pero sólo el poeta los revela con su palabra. Gracias a ella, gracias al cántico del poeta, éste se muestra como es: taumaturgo, autor de prodigios. Gracias a la palabra creadora del poeta, todo puede ser prodigio y maravilla, todo puede ser poesía. Lo mismo el familiar sillón donde nos sentamos que esos coches que atraviesan raudos la noche, o ese transeúnte apresurado o esa tarde vacía, esa nada del alma. El *Cántico* de Jorge Guillén incita a un estudio sobre la poetización o fabulización de lo trivial, de los elementos que parecen menos poéticos, por más habituales y rutinarios. Pero no puede ser ése nuestro propósito ahora. Sólo—ya que hemos apuntado el tema—quisiéramos poner dos ejemplos que sirvan de referencia. Dos poemas muy característicos de Guillén: Uno es *Como en la noche mortal*. La poesía puede estar también en ser un transeúnte más por la calle apresurada, en confundirse con esa multitud urbana que ignora el poeta:

¡Oh Dios, en esta hora
tan perdida, tan ancha,
vagar feliz, apenas
distinto de la nada!
Una ciudad. Las ocho.
Yo, transeúnte: nadie.
Me ignora amablemente
la maraña admirable.

El otro poema—prodigioso poema—se titula *Mesa y sobremesa*. El poeta toma café con un amigo, y charla gustosamente con él. Aquí también el poeta escoge una materia, un motivo de la vida corriente que parece lo más ajeno a la poesía. Pero ante nuestro asombro—ahora el atónito es el lector—, el vulgar motivo se convierte también en un intenso momento de gozo: en poesía, y de la más alta:

Calladamente se insinúa el gozo
de una gloria discreta.
El tiempo se disuelve en la delicia
de un humo iluminado
por ocio de amistad. ¿No es el dechado
que el más sutil codicia?

¡Posesión de la vida, qué dulzura
tan fuerte me encadena!
¿Adónde se remonta el alma plena
de la tarde madura?

* * *

Un examen de los nuevos poemas que Guillén ha añadido en esta cuarta edición de su *Cántico* exigiría un espacio del que ya no dispongo. Pero no

quisiera terminar esta nota sin referirme a algunos de los más importantes, por lo menos a media docena de ellos, nuevas y altas cimas en la espléndida cordillera de poesía que es el *Cántico* guilleniano.

Sol en la boda es un hermoso poema epitalámico, un canto a la eterna pareja en su fiesta inicial:

La vida ha edificado su pareja:
fuerte, dichosa, joven atrevida.

La fiesta de la boda—rumor, amor, clamor—es cantada por el poeta en estrofas contagiadoras de alegría y de gozo. Una ternura se apodera del poeta ante el nuevo prodigio:

Nuevamente aquí están con su aventura
los dos eternos siempre juveniles.

He aquí—eternidad, juventud—una imagen optimista y gozosa del amor, que da la más radiante réplica a una concepción romántica del amor—de todos los tiempos—que parece inseparable del sufrimiento.

Otro hermoso poema es *Luz natal*, que parece haber sido escrito después de la última estancia del poeta en España, el año 1950. Es un ardiente canto a la Castilla nativa, a su aire y a su luz: *trigos, chopos, cielos*. Hay una evocación del padre muerto, y un gozo de estar en la patria, en la tierra natal, y de reconocerse en ella:

Ese cielo agudísimo de calle,
ese centellear
cerámico de cúpula,
este rumor de esquina
conversada me entienden.

El tema de la infancia es otro de los que se enriquecen poderosamente en el cuarto *Cántico*. Recordemos sólo tres poemas: *Arranques*—el mar y la hierba, fiestas para el niño—, *Feliz insensato* y *El infante*, quizá el mejor de ellos. El poeta canta con júbilo y ternura la graciosa fuerza inspirada de la criatura, del

universal infante de alegría.

Otros poemas importantes son *Vida extrema*, un canto a la palabra poética; *Aire bailado*, poema de la danza; *Tiempo libre*, poema del bosque; *Noche del caballero*, que evoca a Don Quijote en la noche previa al hallazgo de los batanes; la deliciosa nana (nana para el poeta mismo) *Quiero dormir;* la delicadísima *Alborada; El concierto, El diálogo, A vista de hombre, Vario mundo*, y otros más que podrían alargar esta lista de preferencias. El libro añade, pues, algunas gemas de superior calidad al tesoro que ya contenía la edición anterior. Y así queda ya, eterno, redondo, radiante, este *Cántico* de Jorge Guillén, que estalla de amor y de júbilo por la vida, sus formas, sus luces, su aventura. Cántico afirmativo, exaltador del ser, en un reino ajeno al lamento y a la negación. Sólo el sí creador, afirmador del mundo; el sí amante y astral, que levanta al día, a su luz, como un regalo para el hombre.

José Luis Cano.
Ferrocarril, 11.
MADRID.

ESTRENO Y REVELACION DE «GENOVEVA», DE SCHUMANN, EN LOS FESTIVALES DE FLORENCIA, por *Federico Sopeña.*

SABES *cuál es mi plegaria por la mañana y por la noche? Una ópera alemana.* Esto escribía Schumann el año 1842. Me he referido muchas veces a la doble ambición que llena y acibara la vida del músico romántico: por una parte, el afán y el gusto por la intimidad, por esos campos hasta entonces inéditos del corazón humano que ahora encuentran su cauce en el piano y en el *lied;* por otra, el anhelo de la gran forma. Querían, en el fondo, ser clásicos a la manera de Beethoven, a la manera de la *Novena Sinfonía* y de los últimos cuartetos que tenían para la generación siguiente el prestigio y el peso de un verdadero milagro, de un milagro que ellos no querían ni creían irrepetible. Un milagro que Beethoven no había podido realizar en la ópera: su *Fidelio*, criatura predilecta, tan bello, era poquísimamente dramático. Era lógica la petición de Schumann soñando con una ópera alemana. La ópera ejerce sobre el compositor romántico un atractivo singular, tanto como para el escritor la gran novela. El músico romántico, todos los días, trabaja sobre muerte, amor y ternura: nunca la música ha sido más radicalmente humana en el sentido estrictísimo de la palabra, porque todo, desde el paisaje hasta el «sentimiento» religioso, se traba entre las aventuras y desventuras del amor humano, del amor humano y concreto del músico, cuya misión es contar a los demás el diario de su corazón. Desde ellos hasta los impresionistas el paisaje será más «musical» que «poético», porque los mismos poetas buscarán también un más allá para sus rimas, abiertas hacia la música. En otros estudios he señalado el paralelismo entre ese subjetivismo del músico romántico y la concepción religiosa íntima, subjetiva hasta el fin, de Schleirmacher, jefe de los teólogos protestantes románticos y muy sensible a la música que le rodeaba. Este humanismo total del músico romántico tiene, además, un matiz peculiar que yo no suelo ver señalado: el romántico sincero desdeña la Mitología, fuente casi necesaria de inspiración en la gran ópera hasta los mismos tiempos románticos: el coraje de Beethoven con *Fidelio* (imposible, por otra parte, sin el prólogo de simpática humanidad que son las óperas de Mozart) era el de querer cantar con personajes muy de carne y hueso. El romántico quiere dar un paso más y perfecta-

mente dentro de su tiempo y de su pasión por lo humano: cambia la Mitología por la Historia. Weber aun no había llegado a eso: lo mejor de sus óperas es, en amplio sentido, «paisaje», la música de los bosques y de sus lunas y de sus espíritus, pero con débil soporte humano. La cima será reunir el amor humano, el paisaje y la historia misma en la ópera, no en una ópera convencional como la italiana, sino en una ópera vista como espectáculo ritual: esto es ya el *Lohengrin*, de Wagner. Más tarde, Wagner, pasándose, va a crear él mismo su mitología.

Todo esto lo veía muy claramente Schumann, músico de cotidiana y apasionada lectura, músico al día de todas las novedades. La prueba es que en una lista de argumentos posibles de ópera figuran *Lohengrin* y los *Nibelungos*. Su elección se fija en uno de los argumentos románticos que hoy, todavía hoy, hace llorar buenas y sendas lágrimas en las ferias de los pueblos, en las veladas de los colegios: *Genoveva de Brabante*. Sonreímos, claro está, con cierta indulgencia por el recuerdo: seamos buenos pensando en esa hermosa e ingenua bondad del drama. Buenos y serios para ver en ese drama, rambalesco hoy, cosas muy bellamente sintomáticas. En primer lugar, *Genoveva de Brabante* es uno de los aspectos de ese medievalismo romántico que, si ingenuo en sus manifestaciones literarias, hará posible un cambio en el juicio sobre la historia europea hecha por el racionalismo. *Genoveva de Brabante*, además, tiene su poquito de apología católica frente a la concepción protestante, muy adversaria del medievo; en fin, sale a la escena como hija de uno de los primeros y más nobles románticos, Ludwig Tieck, para terminar su ciclo en la mano más experta escénicamente, si bien menos profunda, de Hebbel. De los dos recoge Schumann para su ópera, que, después de cien años de olvido, conquista ahora muy simpáticos e inteligentes sufragios; tantos, que su resurrección es el acontecimiento fundamental del mayo musical de Florencia. Para ser fieles en el juicio comencemos por dar una síntesis del argumento. Cada día me parece más necesario tener buena paciencia y un poco de ilusión de hallazgo, para leer y releer los textos de las óperas del diecinueve. Desde un punto de vista histórico, es indispensable: las gentes de hace un siglo iban a la ópera para seguirla paso a paso.

En la primera escena, una masa de caballeros, de escuderos y de pueblo asiste a la despedida de Sigfredo, conde palatino, que, siguiendo la llamada de Carlos Martel, asume el mando de sus guerreros para luchar contra los moros, que están a punto de cruzar los Pirineos. Queda Golo de lugartenien-

te de Sigfredo y encargado de la custodia de Genoveva, que en el momento de la partida se desmaya. Golo se aprovecha del momento y de la soledad para besar a Genoveva, de la cual está enamorado secretamente. Ha sido visto por Margarita, maga y nodriza de Genoveva, que le ofrece la victoria con sus artificios para vengarse del conde, que la había expulsado del castillo.

En el segundo acto, Genoveva, sola en su estancia, piensa en Sigfredo. Golo viene a buscarla y acusa a los siervos de cantar mal y distraerla; canta él, en cambio, apasionadamente declarando su amor a Genoveva. La condesa, indignada, le rechaza y le llama bastardo. Golo jura vengarse y, escondiendo a Drago en la cámara de Genoveva, acusa a ésta, delante de los siervos, de infidelidad. La condesa es recluída en la torre del castillo.

En el tercer acto, Sigfredo, curado de sus heridas por Margarita, expresa su ansia por volver al castillo; en ese momento llega Golo con la noticia de la traición de Genoveva. Margarita le enseña en el espejo mágico la fingida historia de esa traición. Condenada Genoveva, está a punto de ser ajusticiada en el bosque; pero es salvada por el mismo Sigfredo, quien, al fin, conoce la injusticia de lo ocurrido por confesión de la misma Margarita. Termina la obra con una apoteosis de Genoveva.

Schumann ha intentado darnos en *Genoveva de Brabante* una ópera concisa, muy humana, nada pintoresca. En la *Genoveva* del folletín la escena preferida era la del bosque: para Schumann casi no existe como elemento de evocación pintoresca. Es decir: lo que para Weber hubiese sido decisivo, para Schumann es un accidente; más, algo de cuya seducción es necesario huir si se quiere que la ópera sea tan humana, tan cordial, tan «real» como un *lied*. En este sentido, *Genoveva* es ópera de poca «fantasía» y se me permitirá aventurar la teoría (que a muchos debe parecer extraña) de que Schumann tiene poca capacidad para ese lado «fantástico», tan importante en el romanticismo alemán: pocas ganas de que su música, a pesar de los títulos, sea descriptiva; fallo en la busca del «color» instrumental, incluso del «color» pianístico; fracaso rotundo cuando quiere pintarnos en *Genoveva* tópicas escenas de magia. Ese fracaso con unos materiales de los que Wagner va a sacar infinito partido, ese «mate» de su instrumentación, esa pobreza de fantasía, son de verdad conmovedores como síntoma de lo que Schumann quiere sobre todo: ceñirse a la realidad del corazón humano, del amor humano. Y aquí está el problema: ¿puede ser una ópera página o, si se quiere, libro entero de «diario» como lo es el piano o el *lied?* Creo que no: Schumann era demasiado sincero, demasiado pegado al horizonte de su corazón, para «crear» personajes de un mundo aparte y completo. Esta *Genoveva* de Schumann se oye con verdadera emoción, pero es la emoción del *lied*, y uno sueña (y nadie quiere

escribir sobre esto) lo que hubiese sido un «teatro de cámara» para estos músicos románticos, cuya música, ciertamente, está en el salón burgués y en ese nogal que hay saliendo de la ciudad, a mano derecha, después del paseo de los tilos. Buscar valores «teatrales» en Schumann es vano. Nos conmueven dos cosas en esta ópera. La primera, el mismo Schumann, emocionado con la desdicha de Genoveva; este Schumann, adorablemente situado en una continua adolescencia (el no superarla será su locura) y dándonos la prueba de que la música romántica será siempre para los sueños de la adolescencia. En segundo lugar, al crítico le conmueve ese querer y no poder: ¡cuánto, pero cuánto, ha aprendido Wagner de Schumann! Cuando oímos en Genoveva el grito de «Sigfried, Sigfried», cuando le vemos salir de la tentación de una ópera brillante a lo Meyerbeer, para darnos unos coros de potencia e intimidad cuya clave está en la «sinfonía renana», comprendemos el préstamo a Wagner.

¿Nada nuevo, entonces, puede decirnos hoy esta *Genoveva de Brabante?* Para respuesta negativa no hubiese escrito tan larga nota. Lo que vale en esta ópera es su lírica, y que llegue ahora como una bendición se explica: estamos rodeados en el teatro lírico de un alucinante realismo, estamos hartos de esa «música en prosa» que, si encuentra rima, lo es sólo por la simetría del grito; tan hartos, que descansamos en esta torpe e ingenua escena de *Genoveva,* en esa pobreza que permite, sin truco, que todo sea «materia» musical, carne melódica, ensueño en su versión más pura. Me parece que la actual música de escena se salvaría si hubiese un músico tan rico de corazón, tan buscador de lo bueno del corazón de los demás, que fuese capaz de hacer una ópera estática, una ópera que recogiese, como recogió Schumann, lo que el crecido adolescente de hoy puede todavía pedir en sueños. Confieso que titubeo, que busco y rebusco un argumento que pudiera ser lo que *Genoveva* quiso ser para los jóvenes de hace un siglo. No sé qué decir, pero sí sé lo que me duele: cuando un joven salía de escuchar *Genoveva* creía que el mundo, a fin de cuentas, y a pesar de todo, tenía una esperanza, y que la misma tristeza podía ser un consuelo. Lo que hoy se canta (?) es la desesperanza.

Federico Sopeña Ibáñez.
Via Giulia, 151.
ROMA.

EL ULTIMO CURSO DE XAVIER ZUBIRI, SOBRE «CUERPO Y ALMA», por *Alberto del Campo Mañé.*

CUANDO, al comienzo de este invierno, don Pedro Laín Entralgo dió la noticia, los mejores círculos intelectuales de España estaban alerta: Zubiri, el gran maestro de la Filosofía española, reiniciaba sus cursos (1). Esta vez, Xavier Zubiri iba a hablar de *Cuerpo y alma,* tema de larga y continuada historia, tema clásico si los hay. Sin embargo, las más recientes orientaciones de la filosofía contemporánea, unido a ciertas predilecciones implícitas en ella, lo hacían, al par que prometedor, insólito. Arrastrada por el poderoso renacer de la Metafísica en lo que va de siglo, la filosofía contemporánea se había deslizado precipitadamente hacia la filosofía primera, seducida—muy comprensiblemente, claro está—por la grandeza y la importancia de sus problemas.

Pero ¿es posible y legítimo lanzarse a un vuelo metafísico que pase por alto y desconozca estos otros temas más humildes, pero más concretos y difíciles, para precipitarse inconscientemente en las cuestiones últimas de la filosofía? ¿No será a la inversa: que para poder plantearse adecuada y legítimamente estas ultimidades, sea preciso situarlas, verlas surgir de estos otros problemas sólo en apariencia más sencillos y menos importantes?

Recuerdo que cierta vez me decía el maestro: «Cuando uno termina de leer el *Sein und Zeit,* nota, extrañado, que no se ha hablado para nada del cuerpo. ¿Es que el cuerpo no tiene nada que ver con las estructuras básicas del hombre?» Por esto, en cuanto supimos el tema que Zubiri había elegido para su nuevo curso, ya sospechábamos la enorme importancia que bajo ese título clásico, sencillo, se ocultaba. Zubiri, a partir de esas concretas estructuras materiales, ascendería hasta las estructuras básicas del hombre: ¿el hombre es una unión de cuerpo y alma?; ¿el ser del hombre es su existencia?... A tales cuestiones apuntaba el maestro.

Pero para hablar del cuerpo humano era preciso previamente saber qué es el cuerpo físico, qué es el cuerpo vivo, qué es el cuerpo animal... Tal programa exigía, por tanto, una gigantesca sabiduría. Era preciso saber—y saber a fondo, como los mejores de cada disciplina—de Matemáticas, de Física teórica; conocer profundamente la Biología, la Genética, la Paleontología... Estar al día en los últimos descubrimientos de la Neurología, de la Psiquiatría, de la Patología... Pero aquí no terminaban las exigencias del curso: era preciso también dominar la Filosofía, Historia de las Religiones, la Teología...

Ahora bien: ¿cuántos filósofos hay en el mundo que puedan emprender un curso con tales exigencias? ¿Quién puede reunir tal cantidad, calidad y extensión de conocimientos? Basta pensar en los mejores filósofos contemporáneos para comprobar que todos ellos fallan por algún costado. ¿No ha hablado García Bacca de las consecuencias que para la filosofía de Heidegger ha tenido su desconocimiento de la historia de las Ciencias? Y ¿cuándo terminó la evolución científica de Bergson? ¿Y la de Husserl?... Cierto día en que me entretenía en barajar nombres, me interrumpió, y con razón, Laín Entralgo:

---

(1) Desde 1944, Zubiri dicta sus cursos privados en el edificio de La Unión y el Fénix, de Madrid. Interrumpidos el año 1949, fueron reiniciados, en el mismo local, a comienzos de noviembre de 1950.

«Quizá—me dijo—sólo Zubiri pueda darnos hoy en día una Antropología. Y ésa es la esperanza que todos nosotros tenemos.» Y, en efecto, Laín no se equivocaba. Por esto, ante el anuncio de su nuevo curso, los mejores científicos y matemáticos, los grandes médicos y psiquíatras, todos concurrieron a escuchar la palabra del maestro, quien, ante los mejores especialistas en cada materia, comenzó hablando de la realidad material. Comenzó Zubiri estudiando los fenómenos materiales en su realidad concreta, viéndolos surgir paso a paso, uno a uno...

Ya había escrito el maestro que la realidad siempre es emergente, lo cual quiere decir que, para estudiar el cuerpo humano, era necesario retroceder hasta el cuerpo físico. Era preciso, por tanto, ver *emerger* el cuerpo vivo desde el cuerpo físico y, estudiando a aquél en todas sus formas, presenciar el surgimiento del cuerpo humano. Era necesario decir qué era cada uno de ellos, cómo surgía, de dónde provenía... Era preciso describir todos los tipos de la realidad, hacer una ontología de la Naturaleza.

Ya conocíamos su estudio sobre la nueva Física, «uno de los más fundamentales y fundamentados que existen para la filosofía de la ciencia», según la opinión de Juan David García Bacca. Si bien Zubiri desarrolló alguna de las ideas que ya allí esbozaba—la interpretación gnoseológica de Heisenberg, de la ley de la indeterminación...—, amplió muchas otras y contestó, sobre todo, a la pregunta básica que apuntaba: ¿qué es el cuerpo físico?, ¿por qué notas viene definido?, ¿materia es sinónimo de cuerpo?... El concepto y las posibilidades de la materia, la naturaleza del mundo físico, todos estos temas iban surgiendo y siendo tratados con idéntica soltura y seguridad.

Una vez definido el cuerpo físico, y con esas notas en la mano, Zubiri se propuso la más fundamental y urgente de las preguntas biológicas: ¿qué es la vida?, ¿cómo emerge de la materia?, ¿cuáles son las notas necesarias y suficientes para definir un cuerpo vivo?, ¿existe una fuerza vital?, ¿qué dice la Teología?...

Luego del surgimiento, el desarrollo de la vida, los problemas de la evolución, la discusión de los datos de los genetistas y de los paleontólogos, los hilos de la evolución...

En una etapa posterior pasa Zubiri a estudiar la Biología y la llamada Psicología animal. ¿Puede hablarse de psicología animal?, ¿existe un alma animal?, y, sobre todo, ¿qué dicen los hechos?, ¿qué posturas cabe adoptar frente a los gestaltistas y a los behavioristas?, ¿cuál debe ser nuestra postura ante los problemas de la vida animal: instinto, conducta, inteligencia...?

Por fin, Zubiri ingresa en el punto decisivo: una línea ontológica separa el hombre del animal; pero ¿por dónde pasa esa línea?, ¿en qué estriba esa diferencia? La sabiduría de Zubiri se vuelca aquí en lecciones difíciles y nutridas, haciendo converger en este punto los datos capitales que aporta la Neurología, la Psiquiatría y la Biología. Zubiri ya había escrito muchas veces, y casi como al pasar, de la diferencia que separa al hombre del animal; de los estímulos y la versión a la realidad; pero ¿quién hubiera sospechado la enorme sabiduría, la documentación y la fundamentación que respaldaban aquellas frases de Zubiri, apenas apuntadas y dichas como por accidente?

Por último, la relación de cuerpo y alma, hecha sobre los fenómenos concretos de la vida mental: las agnosias, las apraxias, el movimiento, el papel del cerebro... Y en el fondo, como siempre, sus ideas fundamentales: la formalización y la causalidad exigitiva.

Poco a poco sus ideas se fueron perfilando, hasta que por fin pudo plantear adecuadamente, y desde la realidad, el problema básico: ¿qué significa esa *y* en la denominación «cuerpo y alma»?, ¿es una unión o una unidad?, ¿cuál es el problema de la muerte?, y, sobre todo, ¿qué es nacer?, ¿hay y es posible una supervivencia?

Este rápido sumario sólo puede dar una somera idea de las cuestiones tratadas por lo largo en el transcurso de estas lecciones.

Con protesta interior hemos contenido nuestra pluma, y de propósito evitamos hablar de lo que no a nosotros, sino a Zubiri, corresponde escribir: de sus conceptos filosóficos y de sus ideas fundamentales. Y esta limitación se nos hace más difícil si comprobamos que la sabiduría de Xavier Zubiri ha ocultado generalmente su filosofía, y que hablar de su gigantesco saber ha sido una desviación común, que ha apartado de un riguroso enfronte con los problemas de su filosofía. La sabiduría de Zubiri parece no conocer límites; pero Zubiri es mucho más que eso: se trata de uno de los filósofos más importantes de nuestro tiempo. Y aquí surge un equívoco, del que es necesario decir unas palabras. Zubiri ha hablado preferentemente sobre ciencia: las Matemáticas, la Física, la Bioquímica... Todas ellas eran tratadas con idéntica soltura y seguridad; pero sobre filosofía hablaba poco, muy poco. Este hecho desconcertó a los que pensaron erróneamente que hacer filosofía es hablar sólo de filosofía, discutir ideas y teorías ajenas. «¡Qué poca cosa sería en verdad la Filosofía—suele decir Zubiri—si se limitase a discutir ideas!» Y es que la filosofía es una interrogación a la realidad y, en rigor, no está adscrita a ninguna zona de ella. Por esto, para *hacer* Filosofía es imprescindible no hablar *sobre* Filosofía, no convertirla en objeto del filosofar, en una mera disputa y polémica de ideas.

Por esto en su curso los demás filósofos no aparecían de modo directo en una discusión de sus teorías, sino un poco lateralmente en las cosas mismas sobre las que se filosofaba. Las sombras de Aristóteles, Santo Tomás, Descartes, Hegel, Bergson, Heidegger, se insinuaban dialogando en aquellos problemas que Zubiri trataba. De ahí ese estilo reservado, contenido, pleno de tensión filosófica y jamás desbordado en dialéctica, siempre mantenido en sus lecciones. Y de ahí también ese estilo suyo «de belleza sobria y exacta», de que tanto me hablara, conmovido, don José Bergamín.

Por último, terminemos con un deseo y una esperanza: poder ver publicadas en algún cercano día estas magníficas lecciones que con tanta dedicación hemos seguido y que con tanto anhelo esperan recibir los que desde Hispanoamérica no han tenido la fortuna de escuchar sus palabras.

Alberto del Campo Mañé.
Avenida España, 2.312.
MONTEVIDEO (Uruguay).

BALANCE DE UN AÑO DE HISPANIDAD.

EDICIONES Cultura Hispánica ha publicado un pequeño tomo, en su Colección «Santo y Seña», que inauguró la obra de Laín Entralgo, *Viaje a Suramérica*, donde se hace un sucinto inventario de las actividades desarrolladas por el Instituto de Cultura Hispánica en Hispanoamérica y en España (1). Este balance recoge únicamente la tarea hispánica entre los meses de octubre de 1949 y 1950, respectivamente, y se refiere en particular al mensaje hecho público por el director del I. C. H. durante el acto celebrado el día 12 de octubre de 1950 ante las representaciones hispanoamericanas y extranjeras de cuatro Congresos habidos simultáneamente en Madrid: los Congresos de Cooperación Intelectual, Unión Postal de las Américas, Internacional del Notariado y de Autores. Todos ellos celebraron su sesión plenaria conjuntamente, el 11 de octubre de 1950.

Del balance anual de obra hispánica presentado en aquella efemérides, presentamos aquí un esquema, que advierte al lector, mejor que panegíricos y encomios, de la realidad y porvenir de una obra presente, en la que hispanoamericanos y españoles debemos sentirnos interesados de manera activa.

Comenzando por la juventud universitaria, la más prometedora reserva de la Hispanidad, es preciso señalar la presencia de centenares de estudiantes hispanoamericanos en las Facultades y Escuelas Especiales de Madrid, Barcelona, Sevilla, Salamanca, etcétera, donde van cursando sus disciplinas. Buena prueba de ello, las numerosas becas azules de los universitarios del Colegio Mayor Hispanoamericano «Nuestra Señora de Guadalupe», presentes a la hora de celebrar la solemnidad del 12 de octubre. Y también lo es—más calladamente, pero con realidad más fecunda—la lista de nuevos doctores y licenciados por la Universidad española, que decoran las dos honrosas columnas de la biblioteca del «Guadalupe».

De la labor por un conocimiento recíproco entre todos los países de América, y de éstos con España, hablan suficientemente los Congresos ya señalados, y en especial el de Cooperación Intelectual, en el que destacados pensadores de todos los países de habla castellana y de Europa se han reunido en torno a la idea y misión de

(1) *Balance y perspectiva de una obra*. Colección «Santo y Seña», núm. 10. Ediciones Cultura Hispánica. Madrid, 1951. 114 págs.

Hispanoamérica y Europa, mientras otros apoyaban estos debates con el estudio de urgentísimas cuestiones prácticas de la cooperación intelectual interhispánica.

A estos cuatro importantes Congresos hay que agregar los de Historia y Educación, celebrados por igual en el mismo año. Una revisión de la Historia de América, desde la precolombina a la actual pasando por la de la Conquista, período español de gobierno y movimientos de Secesión, se hacía indispensable para la comprensión mutua. A estos estudios han seguido los de los problemas educativos planteados por la necesidad de *una adecuada y previa información, una educación que no se limite a proporcionar instrumentos adecuados de trabajo y técnicas apropiadas de investigación y estudio, sino que además dé sentido a nuestro quehacer* —por decirlo con palabras del señor Sánchez Bella—, *dotando a nuestros hombres de responsabilidad social.*

Estos «saberes de salvación» se han visto respaldados además por una última referencia religiosa en ocasión del Año Santo, celebrando una gran manifestación al pie de la imagen de la Virgen de Guadalupe, venida a España desde el pueblo mejicano. Y, en fin, estos esfuerzos conjuntos en los campos de la cultura, de la Historia, de la educación, de la religión, a nada positivo—colectivamente hablando—conducirían si no se vieran respaldados por una preocupación económicosocial, con el estudio de un máximo aprovechamiento de los mercados y de las posibilidades del mundo económico hispánico, así como de sus organizaciones sociales y legislación laboral. (Con esta intención se ha celebrado recientemente (junio de 1951) el Congreso Iberoamericano de Seguridad Social, igualmente patrocinado por el I. C. H.)

Tales son el balance y la perspectiva de un año de trabajo en pro de la Hispanidad, trabajo que da sentido a la obra ya realizada y esperanzas de éxito para un próximo futuro. Y bajo la preocupación por los dificultosos problemas que de continuo aparecen en nuestro camino, descansa el ideal común de esta empresa, en la cual se sienten responsables igualmente hispanoamericanos y españoles frente a la salvación de la cultura occidental, de la que somos hijos. Bien claras en este sentido suenan las palabras de Francisco Franco, pronunciadas por primera vez con directa dedicación a la empresa hispánica española: *La empresa suprema de nuestra hora es salvar la continuidad de Europa en América, haciéndola previvir a través del ideario moral y universalista español en el alma de Hispanoamérica.*

E. C.

CRONICA INCOMPLETA DE LA POESIA HISPANICA, por *Enrique Casamayor.*

Nos encontramos ante uno de los fenómenos más atractivos y auténticos de la creación hispánica actual. La literatura hispanoamericana, a un lado y otro del mar, sigue desde Rubén una permanente línea creadora, dando en casi todos los países de habla castellana una poesía de muy varia tendencia, pero de una sostenida y esperanzadora calidad. Junto a los grandes de la lírica, que más o menos en silencio o en mensaje continúan la órbita de su estrella, otros más jóvenes, aisladamente o en grupo, van relevándose al frente de la avanzada poética en un ancho frente que va de Río Grande a Punta Arenas, de la costa del Pacífico a España.

¿Tendencias de esta nueva poesía? Tantas como las hay posibles. De influencias y reflejos o refracciones nadie vive por fortuna exento. Y es natural que Vallejo, Neruda, Jorge Guillén, Juan Ramón Jiménez, García Lorca, Alberti y otros se repartan la cabeza de este magisterio, proporcionando a los valores nuevos las esencias madres de la tradición y de los aportes personales. Y ya que hemos citado nombres señeros, vaya en esta crónica incompleta la fugacísima cita del quehacer actual de los grandes líricos o de la situación de su obra.

* * *

Jorge Guillén ha publicado su *Cuarto Cántico*, su último, definitivo y esplendoroso *Cántico* (en este mismo número se dice algo de él), y se habla de su regreso, también definitivo, a España. De la obra del malogrado César Vallejo diremos que ha sido publicada en buena parte—*Poesías Completas* (1918-1938—por la Editorial Losada (Buenos Aires, 1949). A España apenas si han llegado algunos ejemplares. Y lo decimos contestando a quienes, un poco ingenuamente, preguntan por la influencia del gran «cholo» en la actual poesía española. En España, desgraciadamente, sólo conocen la obra de Vallejo unos pocos; los pocos que le conocieron en la España de la anteguerra civil. No hay tal influencia; y quiera Dios que la haya, pues sería deseable frente a otras actitudes poéticas menos hondas y humanas. El gran Juan Ramón Jiménez, después de su teológico *Animal de Fondo*, ha sufrido el avasallamiento de una dura enfermedad. Su libro—nueva y juvenil poesía—marca un bello fulgor en el cielo lírico hispanoamericano. Pablo Neruda ha vuelto a las andadas. Tras de lanzar, en un solo tomo, su gran «biblia» poéticopolítica, el *Canto General*, su última genialidad conocida es este hermoso «poema», publicado en *España republicana*, de Cuba, del cual reproducimos este lírico fragmento:

Hoy en China Popular, muchos cientos de millones de hombres conocen y [reverencian los
nombres y los hechos de aquellos que sólo en apariencia fueron derrotados.
Los nombres amados por el pueblo son para ellos tan eternos como la cultura [de España.
Cervantes y Pasionaria, Quevedo y Líster, Lorca y Modesto, son ahora conocidos [y amados
por los legendarios pueblos del arroz, detrás de las montañas y llanuras de la [extensa China.
La nueva vida que allí se construye te saluda, España,
y de nuevo tu nombre ilumina como una sonrisa los labios de los pueblos.

Así, cualquiera... Vicente Aleixandre, tras de publicar *Mundo a solas*, en edición para bibliófilo multimillonario, anuncia *Historia de un corazón*, del cual ha dado alguna lectura en sesiones privadas. Rafael Alberti publica mucho en revistas americanas. Cantares. Nos gusta ese retorno—para vuelta a empezar—a la vena de *El alba de alhelí* y *Marinero en tierra*. Dámaso Alonso trabaja duramente en la crítica, y se nos antojan demasiado lejanos los días en que aparecieron sus *Hijos de la ira*. Y Gerardo Diego, después de *Soria* (noviembre 1948), está por publicar más de una decena de libros. Que lleguen pronto vuestros libros, Dámaso; Gerardo, que lleguen pronto. Murió el poeta mejicano Xavier Villaurrutia, cuando Octavio Paz prosigue en su ascendente curva de depuración. Pocas noticias tenemos de Gabriela Mistral, de Cernuda, de Altolaguirre, de Domenchina...

* * *

De los poetas jóvenes nos conviene decir algo más provechoso. Hispanoamérica da poesía de calidad, y, en todo caso, siempre en caudalosa vena. Esta poesía grande se va extendiendo poquito a poco por los ámbitos lectores europeos. Críticos del lado de acá, en número todavía insuficiente, apañan antologías del material disponible, siempre incompleto y apergaminado por la edad. Digna de alabar es, por sus fines, la Colección «La Encina y el Mar», poesía de España y de América, que patrocina el Instituto de Cultura Hispánica de Madrid, y lo mismo cabe decir de las antologías de poetas hispánicos, traducidas a diversos idiomas, como la elaborada por el catedrático de la Universidad de Namour (Bélgica), doctor Louis Stinghember; la de Pierre Darmangeat: *Introducción à la Poésie Iberoaméricaine* (París, 1950), basada en la anterior de Federico de Onís; la menos reciente del poeta español Leopoldo Panero (Madrid, 1947) y, esta vez en los Estados Unidos, la de Dudley Fitts, publicada por New Directions y dirigida al lector de habla inglesa.

Como obra colectiva destacaremos la del grupo de poetas cubanos que animan la revista *Orígenes*, de La Habana, la cual ha publicado en sus ediciones la obra de Cintio Vitier *Diez poetas cubanos* (La Habana, 1948), y que viene presentando en sus números lo mejor de la lírica hispanoamericana. También es notable la Colección española «Adonais», que dirige el poeta José Luis Cano, y que hasta la fecha lleva publicados más de sesenta volúmenes, con premios anuales patrocinados por el Instituto de Cultura Hispánica, el último de los cuales fué otorgado a una mujer: Juana García Noreña (1950), por su *Dama de soledad*. (Por cierto que la lírica femenina tiene dignos continuadores de la Mistral, Ibarbourou y Storni, en las poetas que giran, o giraron, en torno a las revistas mejicanas *Fuensanta* (Guadalupe Amor, Margarita Paz Paredes, Margarita Michelena, Rosario Castellanos...), *Abside* (Concha Urquizo (✠), Ema Godoy...) y *Asomante*, de las postgraduadas de la Universidad de San Juan de Puerto Rico, de la que es destacado exponente, aun siendo cubana, Fina García Marruz. Todas ellas acusan una independencia grande, y sus personalísimas voces animan tiernamente el coro general de la poesía americana. Recordemos, por ejemplo, la *Carta a César Vallejo*, de la última poeta entre las citadas.)

* * *

Reaccionando primero contra el preciosismo rubeniano y de los continuadores, poco felices además, del modernismo, y después contra las hoy venera-

bles y auténticas voces de los López Velarde y González Martínez, en Méjico; Lugones y Capdevila, en Argentina; Valencia y Barba Jacob, en Colombia; Hübner y Rosamel del Valle, en Chile...—entre otros—, los nuevos poetas hispanoamericanos van tanteando las nuevas y eternas posibilidades de la lírica, ansiosos—quizá excesivamente—por encontrar cuanto antes un acento original a sus creaciones. Originalidad que, por otra parte también, les quiere nacer de un supuesto desdeño de las formas tradicionales y de la historia de la Literatura. Libres ya de la influencia francesa, se quiere rechazar lo español y europeo por caduco y apolillado. Y cazando a la espera, a orillas del río revuelto del indigenismo, la muy estimable de la joven poesía yanqui muestra su creciente pujanza, auténtica y verdadera. Hay que creer, con buena parte de los nuevos poetas americanos, que el porvenir inmediato de nuestra lírica descansa no en la temática o en la técnica (europea o no) de sus creaciones, sino en el toque angélico y también elemental de dar vida a la materia poética con una visión y un contenido nuevos.

* * *

Entre estas nuevas generaciones líricas hispanoamericanas vamos a destacar el grupo colombiano, con Daniel Arango, Andrés Holguin y Fernando Charry Lara, del cual conocemos sus *Nocturnos y otros sueños*; el nicaragüense, fecundo y numeroso en verdad, con Pablo A. Cuadra, Joaquín Pasos, Ernesto Mejía, Carlos Martínez Rivas y Ernesto Cardenal.

Muy digno de citarse es el grupo juvenil chileno, conocido por varias antologías, como la de Alfredo Lefébvre, y la de *Trece poetas chilenos*, de Hugo Zambelli, quien acaba de publicar en París un bellísimo tomo de *Poesías* (1949-1951); el dominicano, con Franklyn Mieses Burgos, A. F. Spencer y M. del Cabral, hoy vuelto a sus inquietudes juveniles y demagógicas de pintor; el argentino, con Anzoátegui, Guillermo Orce, Horacio Armani (muy estimable su obra *Esta luz donde habitas)*, Jorge Vogos Lescano *(Sonetos anteriores)*, Mario Albano *(Habitantes)* y el prolífico Arturo Cambours Ocampo, del cual recogemos su antología parcial titulada *La soledad entre las manos* (1929-1949), como representante de la «novísima» generación poética argentina, que tuvo su portavoz en la desaparecida *Letras*. (Por cierto que el crítico italiano Furio Lilli acaba de publicar un *Encuentro con Arturo Cambours Ocampo* verdaderamente original. Hablaremos de él con más espacio.)

De otros poetas hispanoamericanos no adscritos a grupos nacionales, señalaremos brevemente al ecuatoriano José Rumazo, con su *Raudal* (1949) y *Soledades de la sangre* (1950); a la panameña Stella Sierra *(Libre y cautiva)*; al chileno Humberto Díaz Casanueva, con *La estatua de sal*, y, sobre todo, con el doloroso y humanísimo *Réquiem* a la muerte de su madre; a la cubana Dulce María Loynaz, hoy en España, donde editará un nuevo libro de versos, *Poemas sin nombre*, y una novela, *Jardín;* a la boliviana Beatriz Schulze... Y como el espacio se nos acaba, del granado horizonte español hablaremos mañana.

E. Casamayor.
Donoso Cortés, 65.
MADRID.

FEMINISMO HISPANOAMERICANO EN MADRID. (Notas al I Congreso Femenino h. a.), por *Juana Mordó.*

NI siquiera necesitó el maestro don Eugenio d'Ors—aunque agudo observador del atuendo femenino—acogerse a los caprichos de la moda para desvirtuar la célebre frase de Schopenhauer... No pretendió que la hoy reducida largueza de nuestra cabellera pudiera enmendar la brevedad de nuestras ideas. Cuando, en su discurso de ingreso en la Academia de los Juegos Florales de Toulouse, rindió pleitesía—siguiendo una tradición secular—a Clemencia Isaura, fundadora de la Academia, anuló, con una breve frase, todo el posible ingenio de los filósofos misóginos. «La femme est la sagesse», dijo el maestro, al final de su disertación francesa, tan admirable de forma como de sustancia. Y bien sabemos que «el hombre que trabaja y que juega» es precisamente con las palabras —quiero decir con las ideas—con lo que no «juega» cuando trabaja.

Entonces este elogio suyo, tan bello que casi dudamos merecerlo, ¿qué significa en realidad? Claro es que cuando don Eugenio d'Ors dice «la femme est la sagesse» no nos ve como las poseedoras exclusivas de la sabiduría o del saber. Pero sí de la mesura, y sí de la claridad: «La sagesse, fille de la lumière, qui nous libère de l'angoisse.» Así, depositarias virtuales de la luz y de la paz, habríamos de librar al mundo de la angustia, dando así fe de nuestra elemental sabiduría de nuestro saber esencial.

Hace unas semanas, mujeres de toda España, de América y Filipinas se congregaban en Madrid. «Congreso Femenino Hispanoamericano», rezaba la voz de llamada. Gusta, en verdad, este orden en la adjetivación. Y siendo hispanoamericano, que el Congreso fuera, ante todo, femenino; femenino, y no feminista, que esto es de ayer.

Mujeres de toda España, de América y Filipinas, contestaron a la llamada. En este año 1951 celebra el mundo hispano dos V Centenarios: el del nacimiento de los Reyes Católicos y, con ello, el de la gran aventura, creadora de un nuevo mundo y origen de un nuevo blasón. Pero las fechas no son sino meras cifras cuando ha dejado de existir en nosotros la vivencia que ellas traducen. Cobran su significado cuando vivifican o galvanizan algo que existía ya. Estos dos V Centenarios no pasaban de hacer más viva, en las mujeres hispanas, la noción de hispanidad. Ningún momento podía

ser más propicio para un encuentro; ninguno para un plan de acción que definiera, de un modo concreto, esta manera de ser, pensar, creer y querer que les es común.

Al mismo tiempo que su justificación, llevaban las primeras convocatorias el temario previsto y propuesto. Cinco grupos de problemas abarcaban toda la inquietud femenina actual. El primero se preocupaba de la mujer en la familia, de sus posibilidades de educadora religiosa en el hogar, de su influencia en la moral privada y pública, de su apostolado seglar, de su actitud frente al divorcio... El segundo grupo atañía a la educación intelectual: problemas de las profesiones femeninas, de la enseñanza media y del magisterio; elección de las Escuelas y Facultades más aptas para la mujer; creación de organismos educativos y femeninos; orientación de la educación física de la mujer; consideración de los cambios deseables en la retribución del trabajo; higiene y problemas morales. Al tercer grupo correspondía tratar de la mujer en la política: consideraba, entre otras tareas, la intervención directa e indirecta de la mujer en la obra de gobierno; su acción en la comunidad social; su situación jurídica dentro de la familia y en el derecho privado. A este grupo estaba confiada también la conservación del patrimonio cultural popular y la salvaguardia de las costumbres esenciales; y, por fin, la rehabilitación de la mujer y de la infancia. El cuarto grupo—problemas especiales—estudiaba el papel de la mujer en la guerra: experiencias y formas de acción. El quinto grupo, por fin, era como el resumen de la acción del Congreso: la mujer en el mundo hispánico, la mujer en la hispanidad...

Un hecho hemos de notar, privativo de este Congreso de mujeres, que le distingue de la mayoría de las reuniones internacionales: la ausencia de reivindicaciones particulares. Aquí ninguna de las delegadas se preocupó de dejar su patria en mejor postura o propuso que la imitaran... Es más: cuando una de las congresistas pidió a una delegada de España que expusiera el fruto de la experiencia española, para que sirviera de modelo, se le recordó el deseo de que ninguna norma puramente nacional, aunque excelsa, influyera sobre las decisiones del Congreso.

Femenino, y no feminista, que esto es de ayer... Muestra suficiente de esta voluntad de las congresistas de obrar, no frente al hombre, sino a su lado y en su ayuda, ha sido el hecho de que, casi siempre, en las reducidas comisiones de trabajo, un hombre dirigiera el debate... Así pudo decir el doctor Luis Garibay, de la

delegación mejicana, que las participantes en el Congreso demostraron, al mismo tiempo que la decisión de afirmar sus derechos, el deseo de seguir, al lado de sus compañeros, una ruta paralela, pero no idéntica... Y así pudo declarar la señora Sara Filippi, delegada chilena, que las congresistas reclamaban sus derechos con plena conciencia de su femineidad...

Durante trece días las delegadas, reunidas en comisiones y en plenos, escucharon y discutieron ponencias y lecciones. Es imposible enumerar en una breve reseña tantos nombres ilustres y temas tan diversos. El boletín del Congreso, cotidiano durante los días de trabajo, reprodujo más de un trozo de elocuencia magistral. A él remito a los lectores que no confíen en la palabra ajena.

El primer fruto de este Congreso ha sido su misma celebración. Gracias a él las mujeres de España, América y Filipinas han tenido una primera ocasión para su mutuo conocimiento y su amistad real. Una vez más España ha demostrado ser centro equidistante de todos los países del mundo ibérico: la línea recta de Veracruz a Manila puede pasar por Madrid.

La seguridad y la firmeza con que todas estas mujeres hablaron de sí mismas mostraban que este diálogo había llegado a ser históricamente necesario. Sin pretensiones desmedidas, pero sin la sombra de una humildad falsa u ociosa, discutieron la mejor manera de ser útiles, como mujeres cristianas, como mujeres hispánicas, al mundo en que deben vivir. Para esto han exigido una formación temprana en todos los órdenes de la existencia femenina: el moral, el intelectual, el estético y el social. Sólo así, según ellas, puede una mujer alcanzar eficacia propia junto al hombre y con él.

Pero el más alto fruto ha sido la general conciencia de que esta asamblea era sólo un comienzo. Esto que solemos llamar hispanidad es más una promesa que un logro. El carácter femenino, y no feminista, de este Congreso había hecho ver a los más ciegos alguno de los matices de aquella promesa. Porque estas mujeres no han querido ser clase o casta autónoma, a la manera de las feministas de ayer, sino parte esencial de un conjunto humano. No han reclamado derechos, sino deberes; no han exigido individualidades, sino integración. Esta ha sido la gran lección y la gran esperanza del Congreso.

Juana Mordó.
Rodríguez Sampedro, 7.
MADRID.